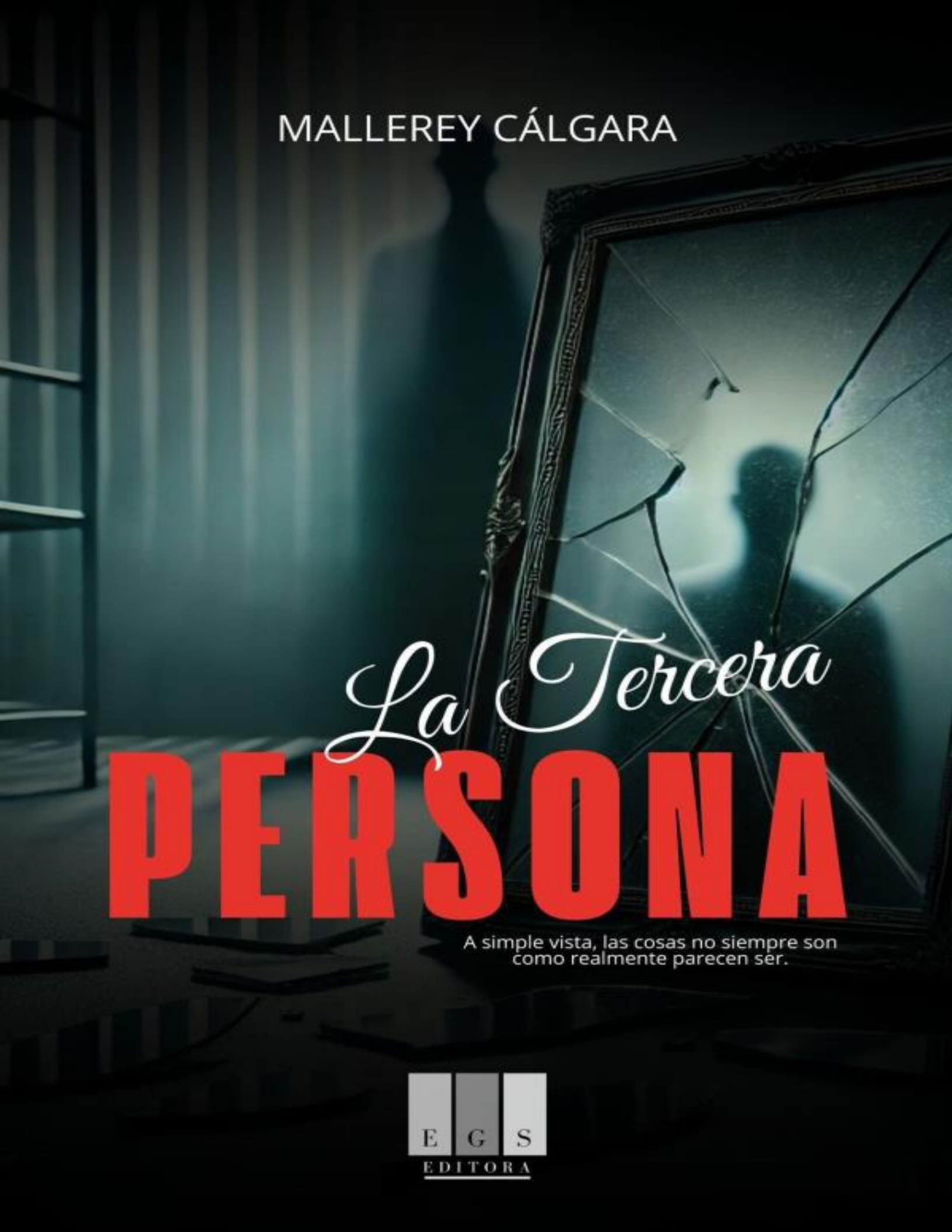

MALLEREY CÁLGARA
La Tercera
PERSONA
A simple vista, las cosas no siempre son como realmente parecen ser.
E G S
EDITORA

La Tercera PERSONA

A simple vista, las cosas no siempre son como realmente parecen ser.



Copyright © 2024 por Mallerey Cálgara

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción total o en cualquier forma.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier coincidencia con nombres, fechas y sucesos reales será pura casualidad.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida o transmitida sin autorización previa por escrito de la autora, sea cual fuere el medio empleado: electrónicos, mecánicos, fotográficos, grabación o cualquier otro.

Portada y diagramación: Mallerey Cálgara

2ª Edición

Publicado en Brasil.

AVISO:

Este libro puede contener desencadenantes emocionales.

El contenido tratado puede despertar emociones intensas o sacar a la luz recuerdos difíciles para algunos lectores. Si siente que alguna parte del texto puede afectarlo de manera negativa, le recomendamos que busque el apoyo de un profesional. Recuerde que su salud emocional es fundamental.

Para mi hija N.,

la luz de mis ojos.


"La voz del inconsciente es sutil, pero no descansa hasta ser escuchada."
(Sigmund Freud)

Índice

Aviso:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

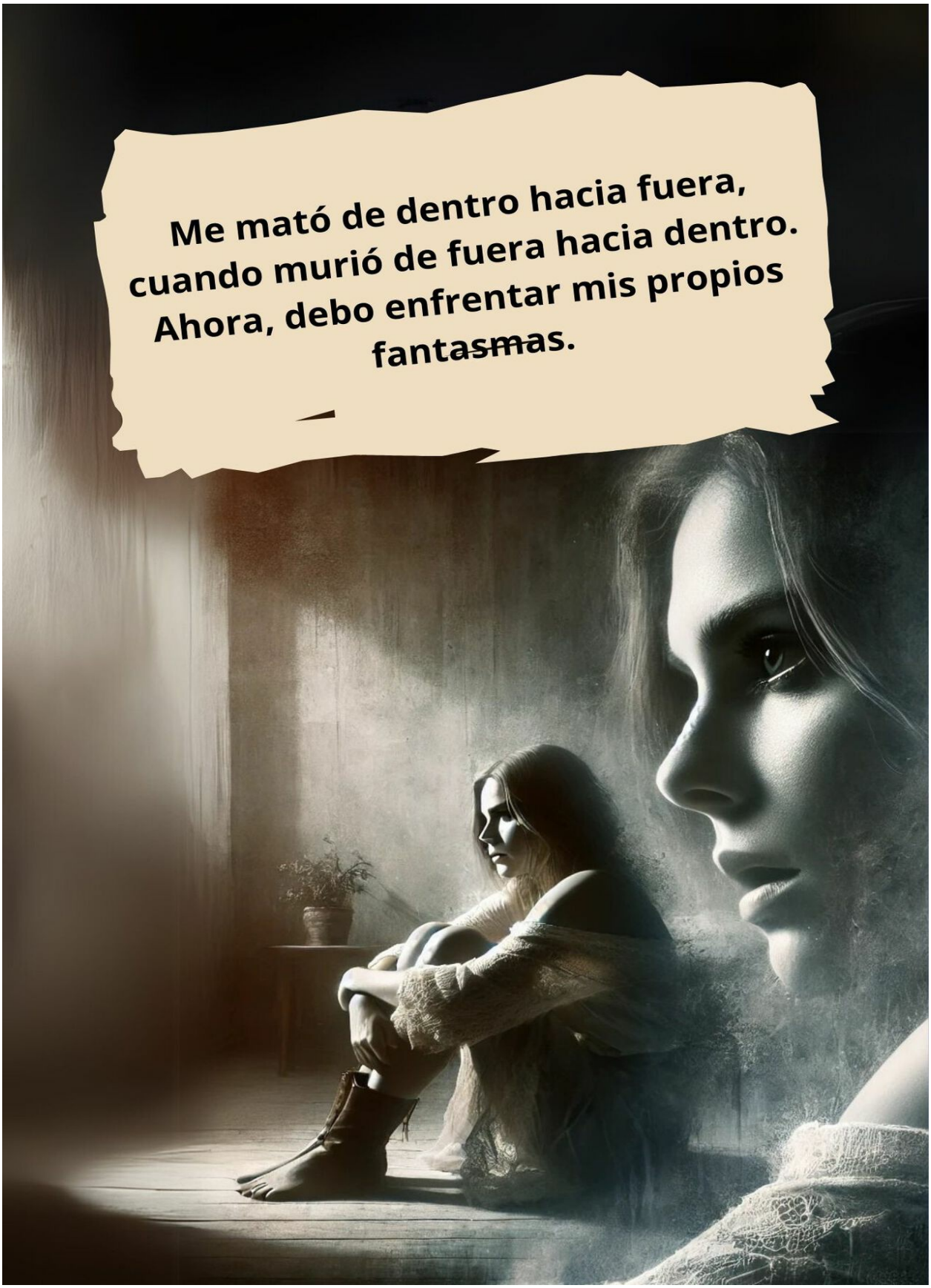
Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Consideraciones Finales

Sobre la Editorial


Me mató de dentro hacia fuera,
cuando murió de fuera hacia dentro.
Ahora, debo enfrentar mis propios
fantasmas.

CAPÍTULO 1

Detective P.

2h30min

Madrugada del lunes

La sirena de otro coche de policía pasó aullando y cortando el silencio en aquella madrugada húmeda. Solo la lámpara de escritorio, al borde de la mesa con la luz débil, iluminaba la pequeña oficina polvorienta, llena de cajas con copias de casos cerrados por la policía por falta de pruebas. El cenicero lleno de colillas y el humo saliendo de otra taza de café dejaban claro que mi trabajo aún estaba lejos de terminar. A propósito, soy el Detective P., un ex-policía que dejó el uniforme para especializarme en estos casos no resueltos, por motivos personales. La oficina, donde trabajo, está en el segundo piso del edificio al lado de la comisaría, que estaría abandonado si no fuera por mí, que soy el arrendatario. No me importa la apariencia, si hay electricidad, agua corriente y el alquiler está dentro de mi presupuesto, para mí es suficiente. Solo la última parte no estaba saliendo como estaba planeado; el alquiler estaba atrasado tres meses.

Concentrado en lo que escribía, me sobresalté en la silla, nada cómoda, cuando la taza estalló, mojando los papeles sobre la mesa. "Mala señal", pensé.

− ¡Maldita sea! – Exclamé, apartando las carpetas y sacudiendo el informe que estaba llenando. Entonces, mis ojos se desviaron de los papeles y fueron hacia la puerta, cuando la escuché crujir.

Por unos segundos, antes de que se cerrara, vi la sombra de un hombre parado afuera mientras una mujer hermosa, alta, curvilínea y con el cabello largo y castaño entraba en mi oficina como una nube densa, misteriosa y fría. Vi por la forma en que caminaba que estaba muy preocupada. Mi instinto me decía que esa mujer significaba problemas, pero los problemas eran mi especialidad, mi apellido, así que no me asustó en lo más mínimo. Se acercó y me miró con esos ojos negros como el fondo de un lago helado. Sentí que había miedo en ellos, como el de alguien ahogándose en la desesperación. Era observadora, quizás demasiado observadora. Miró

cada parte de mi oficina desordenada y con suciedad acumulada.

La probable cliente parecía nerviosa de la manera culpable y, colgado de ella, había un leve aire de autoridad, transmitido por el precio evidentemente alto de su ropa y joyas. Independientemente de la clase a la que perteneciera, su presencia en esa sala, frente a mí, confirmaba que tenía algo urgente que contarme.

− ¿Detective P.? – Preguntó de forma casual. Personas como ella no vienen a mi oficina por casualidad, mucho menos a esa hora, sin conocer un poco de mi historial. Moví la cabeza confirmando, me senté y señalé la silla junto a ella; sin embargo, la distinguida dama permaneció de pie. Tal vez por miedo de que la vieja silla de madera, con manchas de café, ensuciara su ropa cara.

Permanecimos unos minutos en medio de un silencio sepulcral, lo que generalmente sucedía cuando alguien, con culpa en el cartón, se encontraba frente a mí. Solo esperé. No quería presionarla y ella, por su parte, utilizó ese tiempo para asegurarse de que yo era lo suficientemente confiable para escuchar su historia. Resumiendo: ella me necesitaba y yo, su dinero.

− Maté a mi marido. – Dijo finalmente. Su voz angelical contrastaba con esas palabras macabras.

Al principio, me quedé inmóvil. En todos mis años como policía y después, como detective, nunca había escuchado una confesión tan rápida y directa. Me levanté, apoyé las manos sobre la mesa y le di una sonrisa burlona mientras inclinaba mi cuerpo hacia adelante.

− Señora, se ha equivocado de edificio. La comisaría está al lado. – Señalé hacia su dirección.

− Como dije, lo... maté. – Su voz titubeó por primera vez. En ese instante, me di cuenta de que el caso no sería tan sencillo.

− ¿Y...?

− El cuerpo desapareció.

Me enderecé lentamente mientras absorbía cada sílaba de sus palabras, "el cuerpo desapareció".

− ¿Está segura de que estaba realmente muerto?

− Sí. Estoy segura.

Miré hacia la puerta y la sombra seguía allí.

− ¿Quién es él?

− Mi chófer.

− ¿Sabe él lo que ocurrió?

− Lo sabe.

Abrí el cajón, tomé el grabador, la libreta de notas, la pluma y los puse sobre la mesa. Fui por una taza más de café y se la ofrecí por educación, aunque ya sabía la respuesta. Encendí un cigarro y lo dejé quemando sobre la pila de colillas. Había dejado de fumar hace más de dos años, pero aún no perdía el hábito de inhalar el humo. Me senté, presioné el play y me recosté en la silla mientras tomaba un sorbo de café.

− Ahora, cuénteme detalladamente lo que ocurrió. – Ella puso su tarjeta sobre la mesa. Tras leer el nombre de la distinguida dama, la nombré como Señora F. y señalé nuevamente la silla. Si el pobre mueble tuviera sentimientos, se sentiría ofendido por haber sido mirado con repulsión. La dama sacó de su bolso un pañuelo, que debía valer dos meses de mi alquiler, lo pasó sobre el asiento y se sentó después. De manera meticulosa y sistemática, la Señora F. comenzó a narrar los detalles, que más tarde podrían convertirse en pruebas irrefutables, si fuera el caso.


Si una de las partes no está feliz,
el contexto general está destinado
al fracaso.

CAPÍTULO 2

Señora F.

36 horas antes

Era alrededor de las 7h cuando me levanté. Otra noche más, mi marido no había dormido en casa. La última vez que recuerdo haber revisado el celular, el reloj marcaba 1h22min. Poco después, tomé una pastilla para dormir. Ya no soportaba más la ansiedad de la espera.

Por la mañana, escuché los tacones de mi madre resonando por la casa. Ella me había visitado con más frecuencia en la última semana, cuando despedí casi a todos los empleados. No confiaba en nadie más. Mantuvimos solo al chofer, el Señor M., la cocinera, la Señora C., y su marido, que es el jardinero, el Señor J. Ese mismo día, le había contado a mi madre sobre la sospecha de la infidelidad de mi marido, sospecha que se confirmó dos días después, cuando recibí en el correo electrónico la factura de mi tarjeta de crédito. Él había usado la tarjeta para pagar los gastos del hotel, probablemente donde estaba durmiendo, comprar un celular, que creo que sería para la amante, y llenar el coche en varias ocasiones. Después de eso, llamé a la operadora de la tarjeta y pedí que me enviaran a mi teléfono todas las transacciones realizadas.

Antes de saludar a mi madre, cuyas primeras palabras serían para resaltar mis ojeras, caminé rápidamente hacia el garaje para verificar si su coche estaba allí. Después de todo, podría haber dormido en otro cuarto de la casa, lo que no fue el caso. Continué con el mismo paso hasta la lavandería, que aún estaba impregnada con el olor a perfume barato de jazmín, que salía de su traje. Tomé la corbata manchada de lápiz labial como prueba y la llevé a mi madre. La vi conversando con el Señor M. en la puerta de la sala.

− ¿Cómo puede decir que estoy delirando? ¡Mire la mancha de lápiz labial! – Grité, levantando la prueba. Ella la sacó de mi mano y se la entregó al Señor M., que nos dejó a solas.

− Hija, por favor, cálmate. ¡Eso es cosa de tu imaginación! – Afirmó. Me reí y le di la espalda. Probablemente pensaba que era tonta, ciega o loca.

− Por favor, no vuelvas más a mi casa hasta que resuelva este problema conyugal. – Dije.

Fui a la oficina de mi marido a buscar más pruebas, aunque ya estaba segura de su

traición. El lugar estaba perfectamente ordenado y no había ninguna foto, carpetas o libros, nada que mostrara que algún día ese lugar había sido su lugar de trabajo. Rebusqué todos los cajones, estanterías, hasta la alfombra, y no encontré nada. Entonces algo hizo clic en mi cabeza.

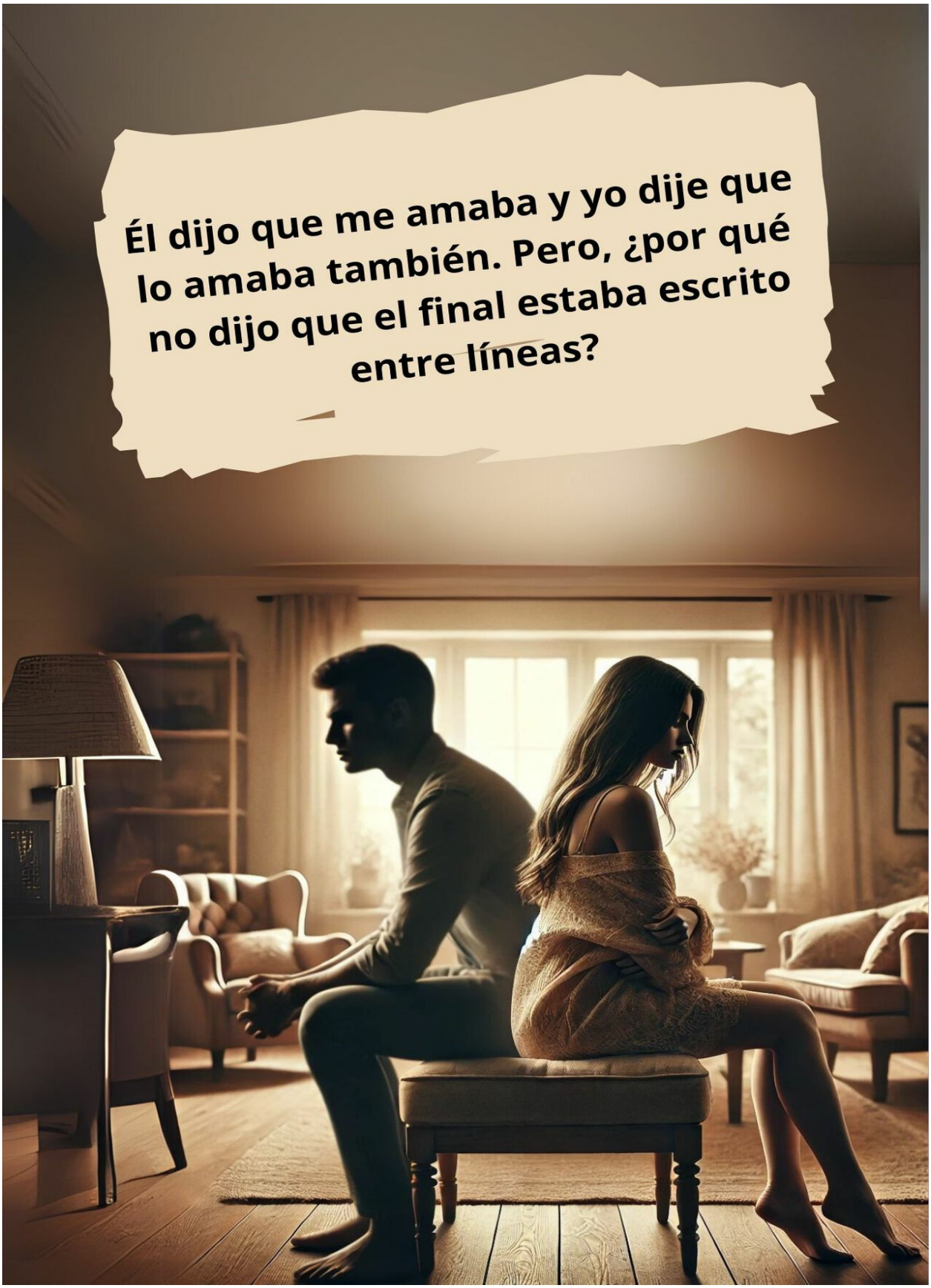
Corrí de vuelta a la habitación y solo en ese momento me di cuenta de que tampoco quedaba nada suyo. Incluso nuestra foto de bodas, que estaba sobre la mesa de noche, había sido retirada. Abrí de golpe las puertas del armario y me quedé petrificada al ver que estaba completamente vacío. "¿Cuándo fue que se llevó todo?", me pregunté incrédula.

Después de recuperar el aliento, grité por la Señora C., que apareció agitada minutos después. Señalé hacia el armario vacío y le pregunté dónde estaban todas las cosas de ese despojo. La Señora C. dijo que no sabía nada y empezó a llorar. No sé si fue de nervios, miedo o culpa. Respiré hondo, tratando de calmarme. Aunque ella era una persona que me vio crecer, mis problemas conyugales no le pertenecían. La despedí y pasé el resto del día encerrada en la habitación, llorando y sintiéndome como ese armario, vacía. Tomé una pastilla para dormir y desperté cuando ya estaba oscuro.

Me duché lentamente y al final decidí no cenar, no iba a poder digerir nada. Había revisado el celular, esperando alguna llamada perdida o mensaje suyo, pero no había nada que me interesara, salvo un nuevo mensaje de confirmación de compra, de otro celular. Llamé varias veces a su teléfono y solo iba a la buzón de voz. Sentí cómo la sangre me hervía.

Nos conocimos en la secundaria. Estábamos en la misma clase y nos intercambiábamos miradas apasionadas, pero solo nos acercamos cuando entramos en la universidad. Él era una persona muy tímida y los pocos amigos que tenía, sabía que serían para toda la vida. Solo el día de nuestra graduación, tuvo el valor de declararse. Dijo que me amaría para siempre y yo también le dije que solo a él. Me pidió matrimonio y acepté de inmediato, pero nos casamos solo cuatro años después, por los negocios de nuestras familias. Llevamos poco más de un año de casados y vivíamos bien, hasta hace una semana.

Ansiosa, seguí llamando con la esperanza de que contestara, pero todas las llamadas seguían siendo enviadas al buzón de voz. No dejé ningún mensaje, porque él se daría cuenta en mi voz de que estaba llorando. Y, otra noche más, no vino a casa. Necesité tomar la medicación para dormir, o la noche sería larga, como las anteriores.


Él dijo que me amaba y yo dije que lo amaba también. Pero, ¿por qué no dijo que el final estaba escrito entre líneas?

CAPÍTULO 3

Detective P.

Esa historia me estaba sonando a otro caso cliché de crimen pasional. ¡Odio esos casos! Pero, como buen detective, solo me quedaba hacer el papel de psicólogo. Miré la hora en el reloj, marcaba 3h15min. Me rasqué la cabeza algo impaciente. Por la forma en que narraba, la Señora F. terminaría de contar todo solo a lo largo del día. Aunque tardara una semana, necesitaba escucharla y anotarlo, para decidir si aceptaba o no el caso. A veces, un pequeño detalle cambia toda la historia.

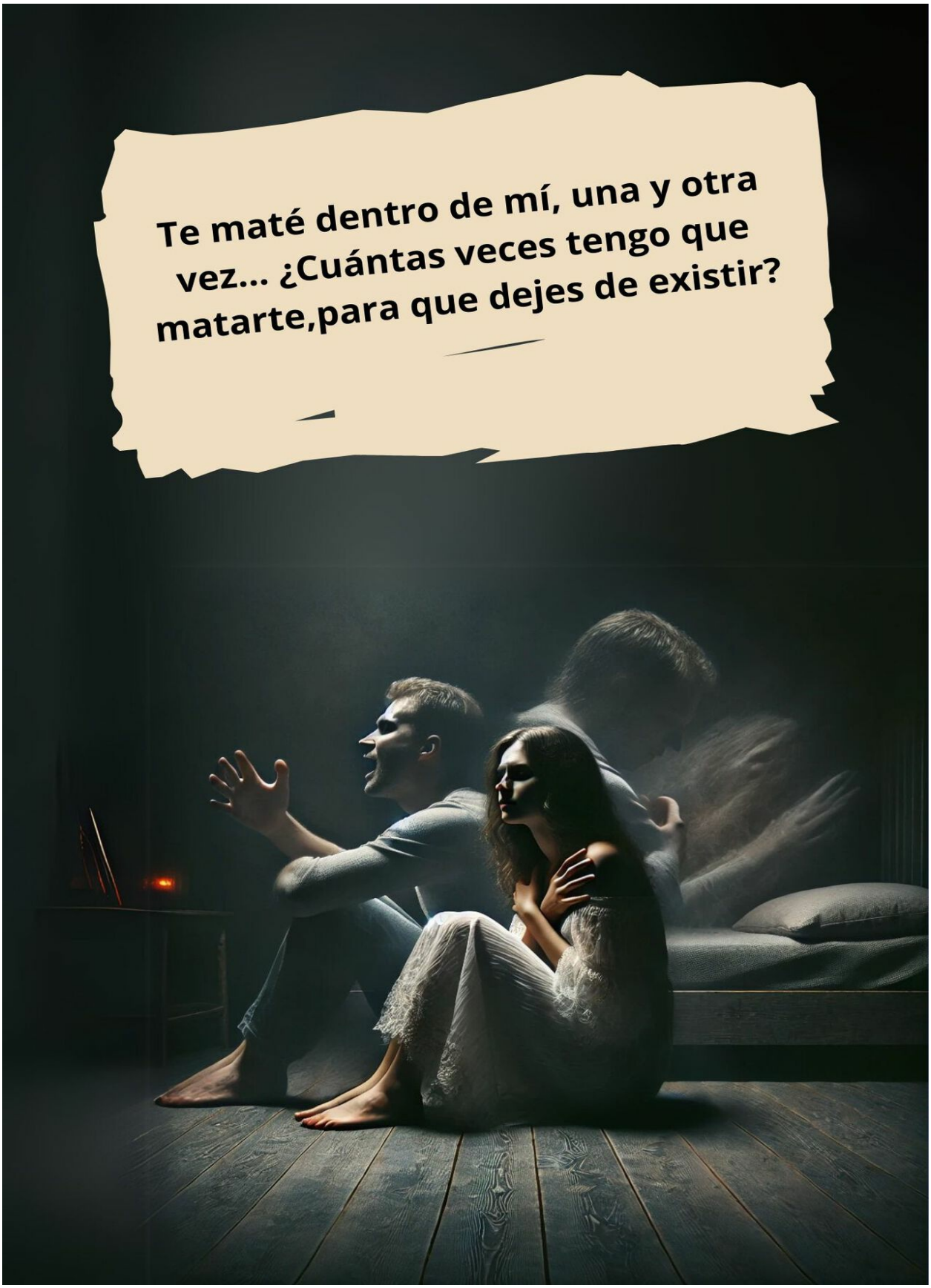
Cuatro cigarros ya se habían quemado hasta el final y, después de abrir el cajón y revisar el paquete, vi que tendría que salir a comprar más. Aproveché el bloc donde ya había anotado varios detalles y lo anoté en el lateral, para no olvidarlo.

Por un momento, mi visión cambió de enfoque al recordar al hombre afuera. La Señora F. dijo que se llamaba Señor M. El tipo permanecía parado, sin moverse, como un perro guardián fiel, esperando que su dueño le diera algún agrado. Conozco bien a ese tipo de persona. Incluso si lloviera a cántaros, no se movería ni un centímetro.

“¿Cuál es el verdadero sentimiento del Señor M. por la Señora F.? ¿Devoción? ¿Amor? ¿Cómplice? ¿Y la Señora C.? ¿Por qué ella no era tan fiel como él, si tenían una relación de años? Muy sospechoso. Seguro que la Señora C. está ocultando algo.” Anoté para verificar más tarde.

La Señora F. continuaba hablando, casi sin respirar, como si hubiera memorizado todas esas palabras y necesitara escupirlas rápido, antes de que se olvidara de alguna parte del argumento. Sentí que había algo raro en eso. Soy detective, así que debo desconfiar de todo, incluso de alguien que acaba de confesar el crimen. Un crimen sin cuerpo, por cierto.

Espera... un momento... aunque ella odiara al marido hasta el punto de matarlo, ¿por qué no mencionó aún su nombre? ¿Qué motivo oculta? ¿Culpa? ¿Remordimiento? ..., anotado. Y tuve la primera oleada de impresión al comenzar a evaluar sus recuerdos.


Te maté dentro de mí, una y otra vez... ¿Cuántas veces tengo que matarte,para que dejes de existir?

CAPÍTULO 4

Señora F.

24 horas antes

Abrí los ojos y, asustada por la claridad, tomé el celular para revisar la hora. Era casi mediodía. Cuando me senté en la cama, sentí el mundo girar. Tenía un dolor de cabeza tremendo y resaca, como si hubiera estado bebiendo toda la noche. Los pies me dolían de esa manera que solo quien pasa horas con tacones entendería. No había ninguna llamada de mi marido, solo otro mensaje de la operadora de la tarjeta, informando el gasto en el club nocturno. Realmente no entiendo qué pasó para que él cambiara completamente últimamente. A pesar de todo, todavía estaba dispuesta a hablar amigablemente y perdonarlo, hasta esa tarde, cuando decidí tomar la iniciativa y buscarlo.

Me di una ducha rápida y comí algo a la misma velocidad, mientras buscaba la dirección de los lugares donde él había usado la tarjeta recientemente. Dos horas después, el Señor M. estaba parado en la puerta del hotel donde mi marido pasaba las noches. Le pedí que me esperara en la puerta, para mantenerme informada de cualquier imprevisto.

Bajé del coche con las piernas temblorosas, temiendo lo que encontraría en ese lugar. Estaba viviendo una situación inédita y nada agradable: quería y no quería ver algo, si es que me entiendes. Era un hotel de cuatro estrellas, diferente de los lugares donde solíamos quedarnos durante los viajes de negocios. Pero, extrañamente, me pareció familiar.

Fui hasta la recepción con las piernas todavía temblorosas. Esperé que la recepcionista terminara la llamada y le pedí que verificara si una persona estaba hospedada allí. La chica sonrió de manera amigable y, sin revisar en la computadora, afirmó que la persona que buscaba había estado hospedado allí por poco más de un año y me entregó la llave del apartamento 1610. Casi no pude soportar mi peso sobre las piernas. ¡Fue aterrador escuchar eso! Descubrir que él mantenía un apartamento para encuentros amorosos, desde que nos casamos. Y era solo mencionar su nombre en la recepción para que estuviera autorizada a subir.

Con la mano temblorosa, tomé la llave de la chica antes de que notara mi nerviosismo y

se diera cuenta de que no era una de sus “amiguitas”. Fui hacia el ascensor completamente incrédula, odiándome por haber sido ingenua todo este tiempo. A cada paso que daba, era como si arrastrara un peso enorme. ¡Una situación increíble! Pensaba que estaba a punto de conocer el otro lado del hombre con el que viví durante tantos años.

Me quedé parada unos minutos frente a la puerta del cuarto 1610. La duda, el miedo y la rabia me consumían. Al final, puse la llave y la giré, abriendo la puerta antes de arrepentirme.

Con el cuerpo tambaleante ante esa visión, retrocedí involuntariamente y tuve que apoyarme en el umbral para no caer. Respirá profundamente y entré, cerrando la puerta detrás de mí.

La habitación estaba un desastre. La cama deshecha y había ropa esparcida por el suelo, de él y de la amante. El ambiente mostraba lo íntimos que eran.

Pasé por encima de esas prendas y me dirigí a la mesa, donde estaba el portarretratos con nuestra foto de boda, que antes estaba sobre la mesa de noche de mi cama.

− ¡Hipócrita! – Grité llorando y tiré la foto al suelo. En la misma mesa, había dos teléfonos, uno rosa y el otro negro. Cogí el que era rosa, suponiendo que sería de ella. Por suerte, no tenía contraseña. Miré la agenda de contactos, solo tenía un número, el de él. Había varias fotos en el álbum, pero ninguna de ellos juntos. Eran selfies en tiendas y discotecas, y en la mayoría, ella estaba acompañada. En todas, ella sonreía y la odié por eso. Había mensajes, muchos, de hecho. Leí algunos. Eran declaraciones en las que decía que lo extrañaba, que moriría si no lo veía otra vez. Desplazándome hasta el principio, vi que empezaron a enviarse mensajes hace más de seis meses. Me desequilibré.

Cogí el teléfono negro, que tenía menos del diez por ciento de batería, pero no tuve suerte como con el otro, este tenía contraseña. Intenté algunos números obvios, como su cumpleaños, el mío, la fecha de nuestro matrimonio, pero fue en vano. Lo tiré sobre la mesa y fui a mirar dentro del armario, donde encontré prendas suyas, incluso con etiquetas, y más ropa de ella. Eran ropas extravagantes y pelucas de colores y tamaños variados. Vi, sobre uno de los estantes, la tarjeta de un club nocturno. Estaba preparando el celular para sacar la foto, cuando fui interrumpida por la llamada del Señor M., diciendo que acababa de ver el coche de él llegar.

Cogí la tarjeta, mi bolso y salí rápidamente. En el momento en que el ascensor abrió la puerta en la planta baja, mi deseo era salir corriendo de allí, ya que me costaba mucho contener

las lágrimas. Entregué la llave y la recepcionista me informó que el servicio de lavado de coches acababa de traer el coche y me preguntó si iba a esperar para recoger la llave. Oír eso fue demasiado para mí. Incluso dejaba el coche con la amante. La ignoré, pero no pude evitar las lágrimas. Le di la espalda y salí corriendo, antes de que me viera llorando. Entré en el coche y le pedí al Señor M. que condujera a cualquier lugar, siempre y cuando ese lugar estuviera lo más lejos posible de allí. Sin saber a dónde ir, dio vueltas por el centro mientras yo me deshacía en sollozos y lágrimas. Llegamos a casa solo por la noche. Mi madre me esperaba en la sala. La evité a ella y su parloteo y fui al cuarto. Me desmayé después de tomar dos o tres pastillas para dormir.


En el mar de locura en el que me encuentro, en el momento más infeliz del infeliz momento, encontré la felicidad.

CAPÍTULO 5

Señora F.

Día D

Desperté y lo primero que hice fue coger el celular. Esto ya se estaba convirtiendo en una adicción. Eran las 9h32min de la mañana. Nuevamente esa terrible sensación de resaca me molestaba, la boca seca y el mundo dando vueltas. No merecía vivir una vida así. Siempre había sido fiel a él, nunca lo había ofendido ni hablado en un tono más alto. Al contrario, siempre había sido amiga, compañera. No era justo. Determinada a cambiar de vida, decidí ponerle fin a todo eso, porque él estaba transformándome en una persona que no quería ser.

Después de despertar el lado mal dormido, ya no había vuelta atrás. Y antes de que los medicamentos o mi marido me mataran, decidí que lo mataría primero. Pero, para hacer eso, necesitaba que él estuviera en casa, donde todo comenzó. Además, no me sentiría segura matarlo en un lugar que no conociera.

Tan pronto como desayuné, a las 10h40min, que por cierto fue la mejor comida que recuerdo haber hecho en los últimos tiempos, comencé la preparación.

Volví a la habitación del hotel y dejé una nota sobre la cama, con el siguiente mensaje: "Sé todo. Te espero en casa a medianoche para firmar los papeles del divorcio. Si no vienes, traeré a tus padres aquí para que vean el tipo de marido que te has convertido. Aunque salgas de esta habitación, ya he fotografiado todo. Enviaré la copia a los accionistas". Elegí esa hora porque no había tráfico en la calle. Además, la casa de mi madre está al lado de la mía.

Aunque estemos separadas por dos jardines, no quise arriesgarme a que alguien viera su coche y alterara todo el plan. Otro punto, el hecho de haber dejado la nota es que estaba segura de que no sería ignorada. A pesar de mostrarse como una persona superficial en el matrimonio, sabía que era muy familiar, además de cuidar mucho de su buena imagen y reputación como empresario.

Cuando salí del hotel, fuimos directamente a la estación de autobuses, donde compré dos boletos para el interior y regalé a la Señora C. y al Señor J., dándoles una semana de descanso

para visitar a su hija. Siempre viajaban en las fiestas de fin de año, pero les dije que merecían unas vacaciones extras por el buen trabajo que habían hecho.

Al principio hicieron algunas preguntas, que ignoré. No pasó mucho tiempo antes de que mi madre me llamara. Seguramente, la Señora C. llamó quejándose. Justifiqué que iba a tomar algunos días libres y aprovecharía para viajar, por lo que los despedí. Ella seguía quejándose cuando colgué el teléfono.

A las 14h, pedí al Señor M. que los llevara a la estación de autobuses y le di el resto del día libre, y también al día siguiente. A partir de ese momento, me quedé sola en casa. Tomé el otro coche y fui rápidamente al supermercado, donde compré diez metros de cuerda. De regreso, en el invernadero, seleccioné algunas herramientas y el ingrediente que usaría en la cena de él.

Cavé un hoyo en el jardín, lo que me tomó más de tres horas. Me lavé rápidamente y tomé un medicamento para los dolores corporales. Mis brazos y mi espalda no estaban acostumbrados a este tipo de trabajo físico. Después, busqué en internet un contrato de divorcio. No es que me importara realmente lo que estuviera escrito, era solo para hacer parte de la escenificación. Escribí, imprimí dos copias y las dejé sobre la mesa, en el lugar donde iba a cometer el crimen. En la sala contigua, dejé preparada la cuerda, las mantas, algunos plásticos y los productos de limpieza para limpiar el lugar. Con todo organizado, fui a la cocina a preparar el plato principal, lo que más le gustaba. Cuando estuvo listo, lo puse al lado del contrato de divorcio.

El plan para matarlo era muy simple: había envenenado la comida con la raíz de acónito, una planta muy venenosa, utilizada en medicamentos homeopáticos. Es proporcionada por una de las empresas de mi familia. Cultivo la especie rara en mi invernadero, como planta ornamental, la de flor blanca, que por cierto es muy hermosa. Solo diez gramos del polvo de la raíz son una dosis letal para el ser humano. Usé treinta gramos.

Provocaría falta de aire, temblores, aceleración de los latidos del corazón y la muerte. Al final de todo el proceso, envolvería el cuerpo en las sábanas, lo amarraría y lo enterraría en el hoyo que había cavado en el jardín, junto con los objetos que usé para limpiar.

Con todo listo, tomé otra ducha, esta vez larga. Incluso escuché música mientras me bañaba. Me senté en el sofá y estuve hojeando revistas, contando las horas para su llegada y tratando de ignorar la quemazón que corroía mi estómago debido a la ansiedad.

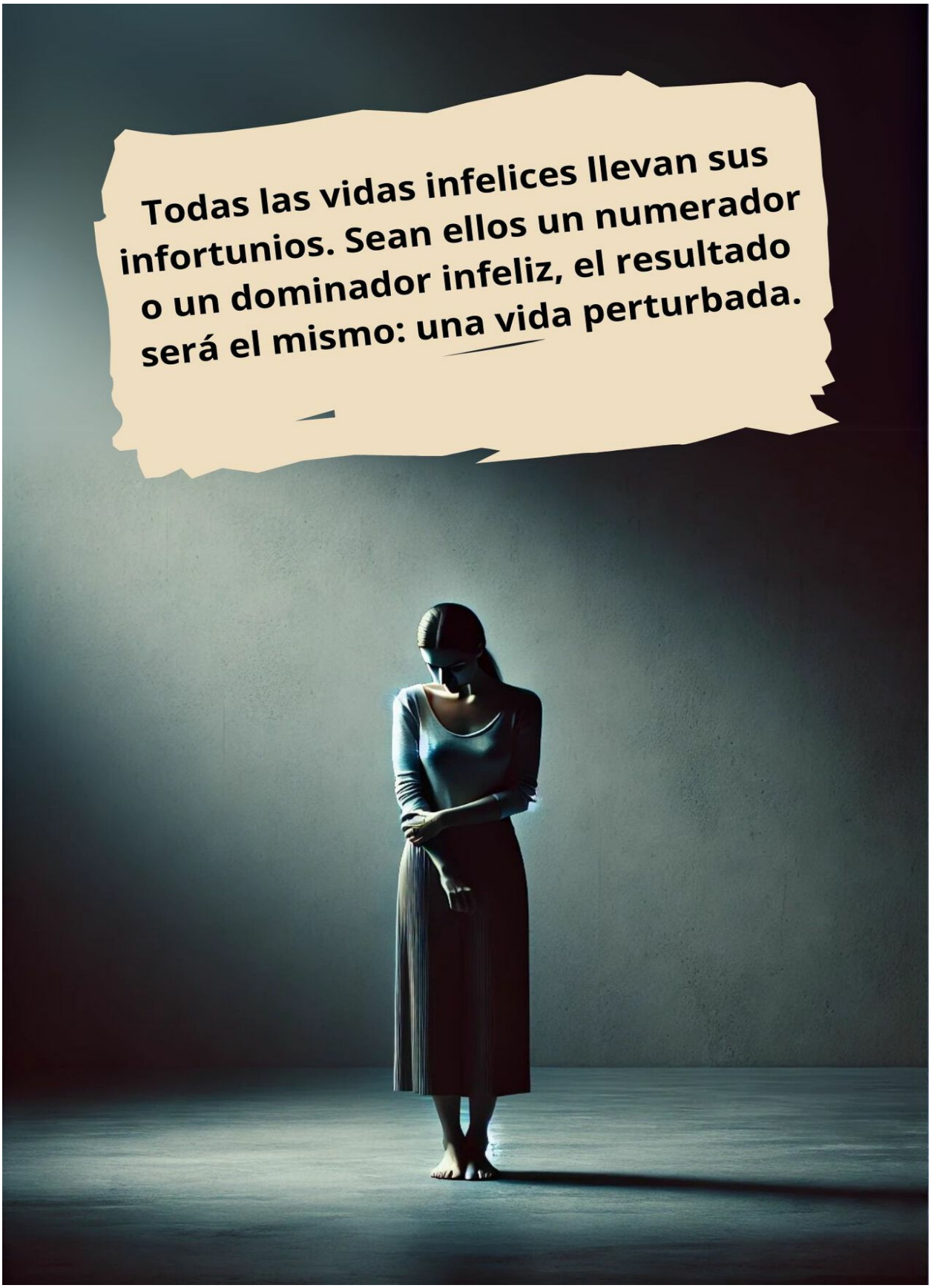
Sin enviar ningún mensaje ni hacer ninguna llamada durante todo el día, a medianoche en punto, él entró en la casa. El olor a perfume barato de jazmín lo delató. Me levanté del sofá y cuando vi su reflejo sonriendo en el espejo, no pude contenerme. Todo lo que había planeado con calma durante el día se perdió en ese momento.

Sintiendo cómo la sangre me hervía, porque él estaba con ella incluso en ese momento, por el olor que llevaba, cogí la estatuilla sobre la chimenea y la tiré con fuerza contra el espejo, rompiéndolo en varios pedazos. Cogí el más grande de ellos y lo clavé en su cuello.

El olor metálico impregnó mis fosas nasales cuando mi sangre caliente se mezcló con la suya y se derramó por mi mano y brazo. Esa mirada fría y sin vida aún me miraba en el espejo. ¡Me aterrorizó!

Corrí al lavabo y enrollé la toalla en mi mano. Volví rápidamente para preparar el cuerpo para ser enterrado, pero... ya había desaparecido.

Perdida y sin saber qué más hacer, llamé al Señor M. Contestó somnoliento y le conté lo que acababa de hacer. En menos de quince minutos, ya estaba frente a mí. Entramos en el coche y mientras conducía hasta la sala de urgencias para que me pusieran puntos en la mano, busqué sobre detectives y encontré su nombre. Tan pronto como dejamos el hospital, vinimos para acá.


Todas las vidas infelices llevan sus infortunios. Sean ellos un numerador o un dominador infeliz, el resultado será el mismo: una vida perturbada.

CAPÍTULO 6

Detective P.

05h40min

Había hecho varias anotaciones y mi instinto de detective no dejaba de vibrar, alertándome de que algo estaba mal. Muy mal. Al final de la narración, la Señora F. se quitó el guante y mostró el vendaje reciente hecho en el hospital.

− Muy bien. – Dijo después de una pequeña pausa. – ¿Y cómo le gustaría recibirlo? ¿En efectivo? – Antes de que pudiera decir algo, abrió el bolso, sacó un sobre y lo colocó sobre la mesa. Aunque era grueso, no aumentó mucho mi confianza con respecto a ese caso. – Sé que tiene el alquiler atrasado desde hace casi tres meses y su último cliente aún no le ha pagado. Siempre está huyendo cuando usted va a buscarlo para cobrar. Este sobre es solo un adelanto de sus honorarios, y le aseguro que le permitirá vivir tranquilamente durante casi un año. Creo que es suficiente, dada la emergencia de la situación, pero estoy abierta a negociaciones.

En un momento paralizado de vergüenza, la sala parecía haberse encogido al tamaño de una cabina de baño público. Ella había venido preparada y sabía muy bien cómo usar las palabras. En tan poco tiempo, había conseguido demasiada información sobre mí.

Solté un suspiro pesado, con todas mis alertas vibrando. Puse la mano sobre el sobre, sintiendo su volumen y lo jalé lentamente hacia mí. Abrí una pequeña rendija para revisar qué billetes componían el paquete y lo guardé en el cajón, reprimiendo una leve agitación de alegría al pensar en las cuentas que podría poner al día. Acepté el caso.

Luego, la Señora F. escribió en mi bloc de notas su dirección (lugar del crimen), el nombre de su marido (Señor D.) y el nombre de su madre (Señora U.). Hizo un pequeño dibujo para demostrar que la casa de la madre estaba a la derecha de la suya. Luego, puso sobre la mesa dos tarjetas: una del Hotel Le Fromage, donde su marido se hospedaba, y la del club nocturno Night Club, que había encontrado dentro del armario, en la habitación 1610 del hotel.

La primera luz de la mañana entró en mi oficina cuando ella salió, como una tormenta tropical, dejándome inmerso en preguntas. Se detuvo un momento frente al hombre que la

esperaba y le dijo algo, mientras me miraba. Él se movió y parecía reacio, pero finalmente sacó la llave del bolsillo y se la entregó. Ella se alejó, dejándolo hablar solo. El hombre permaneció parado unos segundos más, probablemente observándola bajar las escaleras y entrar en el coche. Solo entonces, se giró hacia mí y entró en la oficina.

Al acercarse, pude ver que se trataba de un joven, de unos 25 años o algo así. De estatura alta y postura erguida. Aunque su mirada cansada y rostro abatido, seguramente tenía éxito con las mujeres. Bien vestido, el traje y los zapatos caros le quedaban perfectamente, como una segunda piel. Me pregunté por un momento si debería dejar la profesión de detective y convertirme en chófer de gente rica. Pero rápidamente suprimí ese pensamiento al recordar cómo ella lo trató momentos antes. No había nacido para eso, para recibir órdenes de gente de alta sociedad.

Al sentarse frente a mí, noté que su párpado derecho palpitaba y una de sus rodillas comenzaba a subir y bajar, señales evidentes de nerviosismo. La conversación fue bastante rápida, duró unos diez minutos e involucró algunas pausas, que se volvieron más sugestivas e interesantes, hasta que finalmente lo dejé ir.

El hombre, fiel como un perro, había confirmado que la Señora F. estaba sola en casa, ya que había despedido a los empleados hace una semana, pero alegó no saber el motivo. En cuanto a la infidelidad de su marido, dijo que tampoco sabía nada, solo la llevaba a los lugares que ella le pedía, como siempre hacía. En cuanto a lo que fue hacer allí, le era desconocido, ya que no le concernía. Sostuvo con vehemencia la historia a partir del momento en que recibió la llamada sobre el homicidio y que, cuando llegó a la casa, no había ningún cuerpo.

A las 10h30min de la mañana, apenas siendo consciente de que me movía, me encontré de nuevo en la silla donde había pasado las últimas horas, escuchando repetidamente la historia de la Señora F. y el testimonio del Señor M. Reuní los materiales y los puse en la carpeta. Tomé la última taza de café y salí para la investigación en campo.

Era un día caluroso. El sol castigaba la ciudad sin piedad, como un martillo implacable, caliente y cruel, que golpea sin parar. Comencé la investigación en la escena del crimen. Llegué a la casa de la señora F. a las 11h32min.

Me llevó casi 10 minutos cruzar el jardín para estar, de hecho, frente a la casa. Parecía ser más grande incluso que el parque donde suelo hacer caminatas. Un buen lugar para enterrar un

cuerpo. Durante el trayecto, vi a una de las empleadas caminar hacia mí, manipulando su celular. Cuando notó mi presencia, rápidamente tomó otro camino. Me pareció extraño, porque recuerdo claramente que la señora F. me había dicho que había despedido a los empleados. Incluso, el chofer lo había confirmado.

Subí los ocho peldaños que precedían la imponente puerta de madera, donde la señora F. estaba parada esperándome. Me condujo a través de la gigantesca y lujosa sala de estar con pocos muebles, que parecían nunca haber sido usados, y un imponente candelabro decorando el techo. Llegamos a la segunda sala, más pequeña en tamaño, pero no en belleza y lujo. En ella había más muebles, un candelabro no tan grande, pero de igual belleza que el primero. Una mesa de comedor con ocho lugares estaba puesta, aunque no había señales de haber sido tocada. Vi sobre ella el mencionado contrato de divorcio. Una chimenea limpia y dos sofás en forma de L. Detrás de uno de ellos, estaba el espejo de dos metros cuadrados, roto, fijado solo por algunas partes. La supuesta arma del crimen.

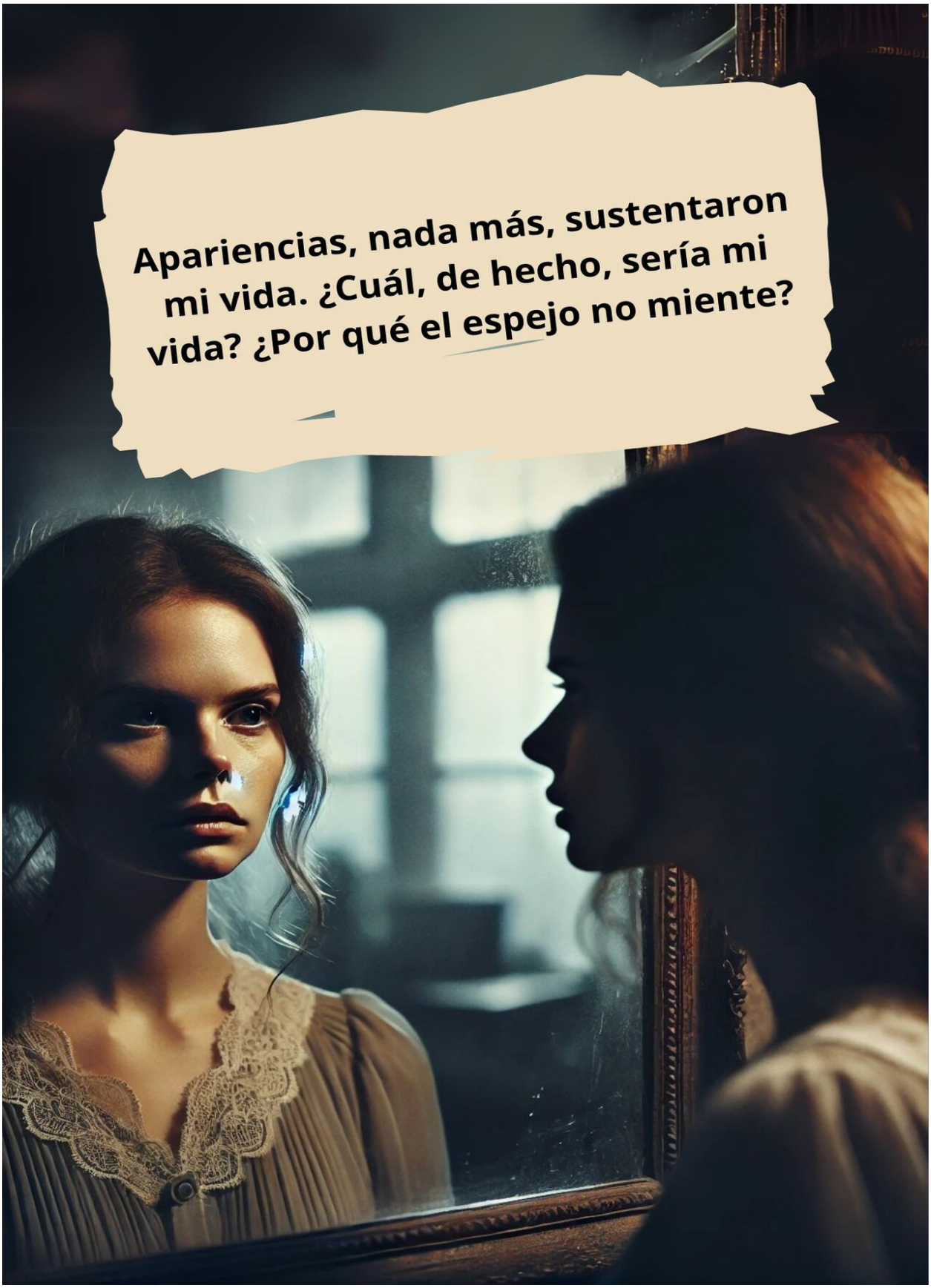
La estatuilla de la Torre Eiffel estaba entre los fragmentos de vidrio que se extendían por el suelo y había sangre en algunos de ellos. Por la cantidad, me arriesgaría a decir que era de la herida en la mano de la señora F. Seguí el pequeño rastro rojo, que me llevó a la sala contigua. Pasé por los materiales listados: la cuerda, las mantas, los productos de limpieza, todo perfectamente organizado. Las salpicaduras me llevaron al lavabo. La puerta estaba abierta y vi que el lavabo estaba un poco sucio de sangre, nada más que eso.

Volví a la sala del crimen, encontrándolo todo extraño, porque no añadía nada evidente que sugiriera un crimen en realidad. Cualquier persona que llegara allí diría que hubo un accidente doméstico y alguien se lastimó, no un homicidio. No había la abundante y seca sangre de la víctima que, supuestamente, tenía la arteria del cuello cortada. Ninguna huella, sugiriendo que alguien podría haberle ayudado, ningún rastro de alguien arrastrándose, dejando marcas por la casa, como si hubiera escapado.

Después de numerar el lugar y tomar fotografías, algo vino a mi mente. Siguiendo la lógica de que realmente hubo un crimen, tenía dos hipótesis. Primero: la escena estaba comprometida. Un cómplice limpió bien el lugar. Segundo: ese lugar podría no haber sido el verdadero sitio del crimen, sino fabricado.

Como el supuesto lugar del delito no me decía mucho, comencé a analizar las

circunstancias del crimen, que ocurrieron fuera de la escena. Antes de dejar la casa de la señora F., me pregunté si había más gente en casa, si, por casualidad, los empleados habían vuelto a trabajar. Ella lo negó. Aseguró que estaba sola en ese momento, porque el Señor M. había ido a la sede de la empresa para esperar que terminara la reunión de su madre y traerla a casa. Esta declaración contradijo lo que había visto cuando llegué allí, pero no entré en más detalles. Iba a investigar sin levantar sospechas. “¿Quién sería esa empleada? ¿Y qué hacía allí, si había sido despedida?”. Anoté esas observaciones, junto con las características que recordaba. El nombre de la señora U. estaba en la lista de personas que serían interrogadas y ella había pedido que lo hiciera en su residencia. Con esa nueva información, lo que me ahorró unos 30 minutos de caminata perdida, aproveché el intervalo de espera, que sería de unas 4 horas, y continué con la investigación. Tomé un taxi y me dirigí al Hotel Le Fromage.


Apariencias, nada más, sustentaron mi vida. ¿Cuál, de hecho, sería mi vida? ¿Por qué el espejo no miente?

CAPÍTULO 7

Detective P.

13h40min

El taxi se detuvo en la entrada del Hotel Le Fromage. Un empleado de amplia sonrisa y amable se acercó y preguntó si había equipaje en el maletero. Moví la cabeza en señal de negación y agradecí. Amablemente, abrió la puerta de vidrio del hotel e indicó la ubicación de la recepción. Agradecí nuevamente.

En la recepción, me identifiqué mostrando mi credencial de detective y rápidamente noté el nerviosismo de la recepcionista, al hacer sonar los dedos. Intentando disimular la ansiedad, me pidió que esperara un momento y salió rápidamente. Cuando regresó, estaba acompañada de un hombre alto y de hombros anchos, de unos 40 años, quien se presentó como el gerente. Dijo que se llamaba Señor G. Se giró por un instante hacia el otro recepcionista, que compartía la recepción con la recepcionista, y le pidió que nos trajera dos cafés, luego nos indicó la zona de estar más apartada, la exterior. No sé si fue pensado o simplemente coincidencia que sugiriera ese lugar, ya que había otra zona más cercana a la recepción. Luego, se giró hacia mí y mostró el camino, mientras me pedía que lo siguiera. Pero, antes de alejarse del mostrador, intercambió una mirada rápida y sospechosa con la recepcionista, junto con un asentimiento de cabeza. Atento a sus sutiles movimientos, después de dar unos pasos detrás de él, de manera oblicua, miré de reojo hacia atrás y vi a la joven hablando por teléfono. Ella también estaba atenta a mis movimientos y se sentó inmediatamente cuando nuestros miradas se cruzaron, saliendo de mi ángulo de visión. Sin embargo, acababa de confirmar mis sospechas, que ella y el gerente habían intercambiado algún tipo de información.

Todavía nos estábamos acomodando en los sillones cuando el recepcionista, con la mirada baja, evitando mirarme directamente, se acercó con la bandeja y se alejó inmediatamente después de ponerla sobre la mesa.

El Señor G. y yo intercambiamos algunas palabras, una conversación tibia y sin interés, hasta que él tomó la iniciativa y preguntó el motivo de mi visita a ese establecimiento. Vi en este

acto, nada más que una representación para demostrar que estaba tranquilo y transmitir la imagen de una persona despreocupada, que no tenía nada que ocultar. Aclaré que estaba en medio de una investigación privada y que no podía darle detalles del caso.

Solo mencioné que, en algún punto de la investigación, el nombre de ese hotel había surgido. El hombre frunció el ceño, de la misma manera que lo hace una persona sorprendida cuando desconoce un tema, y eso me confundió un poco. En ese momento, no supe afirmar si su reacción era parte de una actuación que, si lo era, sería muy buena, o si realmente no tenía idea de por qué estaba allí. Sin embargo, después de mencionar el nombre del Señor D. y pedir información sobre la mujer que usa pelucas de colores y ropa extravagante, y que compartía la habitación con él, el hombre se movió incómodo en su asiento, como si estuviera sentado en un sillón de espinas. Tosió y levantó la mano llamando al recepcionista para que retirara la bandeja.

Sin apartar la mirada de él, esperé pacientemente a que se recomponiera. Tosió nuevamente desconcertado y su expresión ahora transmitía preocupación. Finalmente, alegó que no tenía autorización para hablar sobre la vida privada de sus clientes, debido a la ética profesional. Pero, si yo tuviera una orden judicial, la conversación sería otra. ¡Había mencionado una “orden judicial”! Tuve ganas de reír. No tenía ni la más mínima orden judicial y él lo sabía.

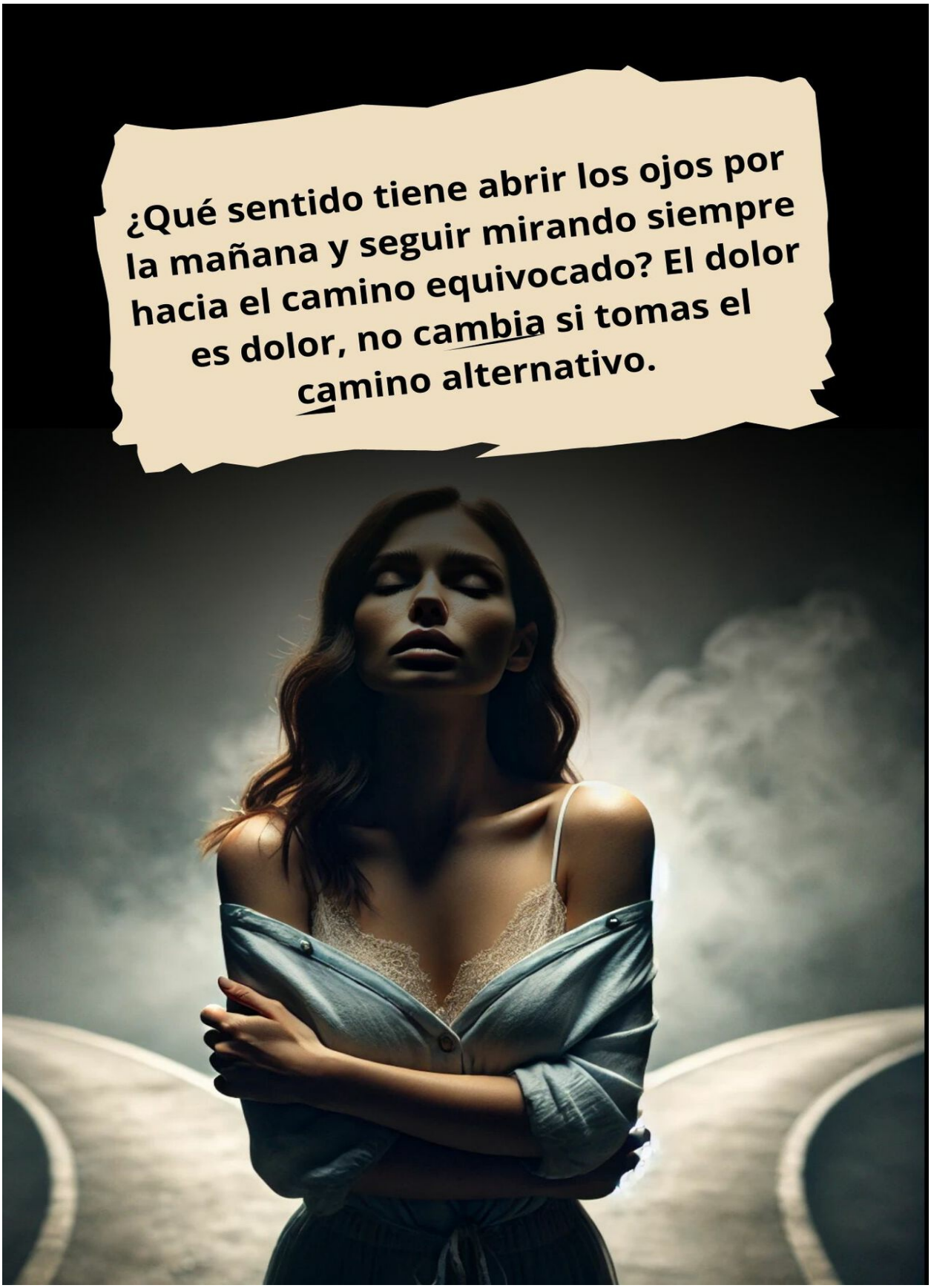
Si la tuviera, realmente estaríamos teniendo otro tipo de conversación desde el principio. Para un ciudadano común, mencionó algo muy preciso. O ya había pasado por una situación similar, o le habían indicado que lo dijera.

El Señor G. se levantó, alegando que el hotel estaba lleno de huéspedes y que necesitaba atenderlos. Como vi que no conseguiría nada más de él, me arriesgué a hacerle una última pregunta, que sonó más como una súplica. Que al menos me dijera cuánto tiempo hacía que el Señor D. estaba hospedado y el nombre de la mujer. Temeroso, miró de un lado a otro, tal vez temiendo que alguien pudiera estar escuchándonos, aunque no había nadie cerca. Dio dos pasos hacia adelante, quedando más cerca de mí y, casi susurrando, mencionó una fecha: poco más de un año. Miró nuevamente alrededor y, finalmente, dijo un nombre: Señorita A. Agradecí y el Señor G. se despidió inquieto, dejándome con una sensación de vacío, como si nuevamente me encontrara en el lugar equivocado. Sin embargo, era evidente por su reacción de miedo, que sabía algo y no podía hablar.

Había avanzado poco en la investigación en estas últimas horas. Si tuviera una orden

judicial, tal vez todo sería más fácil. Sin embargo, ¿cómo conseguir una, si no conseguía ni siquiera pruebas concretas de un homicidio?

Miré la hora, eran las 16h50min. Hora de regresar a la casa de la señora U. Tal vez allí tuviera más suerte.


¿Qué sentido tiene abrir los ojos por la mañana y seguir mirando siempre hacia el camino equivocado? El dolor es dolor, no cambia si tomas el camino alternativo.

CAPÍTULO 8

Detective P.

13h40min

Iba hacia la casa de la señora U., cuando recibí la llamada de la señora F., diciendo que la reunión de su madre se había retrasado y, en consecuencia, su regreso a casa. De los lugares que la señora F. había mencionado, faltaba visitar la discoteca donde el exmarido y la señorita A. solían ir. Pero, como era lunes, no estaría abierta, y menos aún a esa hora de la tarde. Así que decidí mantener el destino; pues, mientras esperaba a la señora U., iría a interrogar a los empleados en busca de nueva información.

El tráfico estaba pesado y avanzábamos muy despacio. Un trayecto que normalmente haríamos en 50 minutos, terminó tomando 01h48min. La señora U. ya había llegado a casa y me esperaba.

El coche se detuvo frente a la elaborada puerta de rejas blancas, en el momento en que los cielos se tornaban índigo. Bajé, me presenté al guardia de seguridad, que autorizó mi entrada en la mansión después de consultar mi nombre en la pizarra

Las luces del jardín estaban encendidas, destacando las diversas estatuas y algunas plantas. Si anteriormente había quedado deslumbrado por el jardín de la señora F., después de ver este, la belleza del primero quedó opacada. Observaba la estatua tan realista en los detalles de algún emperador romano, cuando mi atención fue desviada por un carrito, de esos utilizados en los campos de golf, que vino hacia mí y me llevó el resto del camino. Agradecí, especialmente después de descubrir cuánto tendría que caminar hasta el enorme surtidor de ángeles ubicado en la entrada de la casa.

El carrito finalmente rodeó el espléndido monumento, que no debía caber en la anchura de mi oficina. Todavía lo admiraba cuando mis pies tocaron el suelo. Desde arriba, mis sentidos, que estaban extraordinariamente receptivos ese día, me alertaron y me desviaron de una posible colisión, por un descuido mío. Solo me di cuenta de la mujer cantando cuando ella estaba bastante cerca de mí. Se dirigía hacia el coche estacionado al frente, cuyo conductor la esperaba

junto a la puerta abierta.

Por un extraño e inmóvil segundo, ambos nos miramos fijamente a los ojos. Aunque solo fue una fracción de segundo, me causó tal impresión que sería capaz de describir su rostro en detalles. Y, como el viento, alejó las nubes de mis pensamientos, antes vastos y complejos. Me quedé completamente inmóvil y con la boca abierta, atrapado en un momento de asombro que nadie que me conociera habría comprendido. Saboreando el acontecimiento, sonreí, mientras pensamientos dispersos de las horas que precedieron ese encuentro invadían mi mente: una mujer entrando en mi oficina, un marido infiel, la escena del crimen y la amante. Más adelante, el Señor M. mantenía una mirada inexpresiva de cansancio. Todo tuvo sentido en ese pequeño segundo, entonces solté una risa y subí las escaleras.

Al acercarme a la entrada, que recordaba mucho al vestíbulo de un hotel de cinco estrellas, uno de los empleados adelantó sus pasos, vino hacia mí y la reconocí de inmediato, como la mujer que había visto, más temprano, circulando por el jardín de la señora F. Si hubiera sido antes, ya habría sacado mi grabadora, el bloc de notas y le habría llenado de preguntas. Sin embargo, simplemente dejé pasar el momento. Había perdido el interés en interrogarla después de mi reciente encuentro casual con esa mujer en la escalera. En mi mente, solo circulaban preguntas a una sola persona: la señora U., la pieza clave de todo.

Manteniendo el enfoque, seguimos en total silencio por el lateral de la sala hasta una gran y maciza puerta de madera, donde la empleada dio dos golpes. Instantes después, escuché el sonido de la cerradura y salió un empleado.

− Entre, Detective P., y acomódese, por favor, antes de que su café se enfríe. – Dijo la señora U., mientras permanecía sentada en una lujosa silla, degustando algo humeante. Noté que se trataba de una señora de apariencia distinguida y elegante, de unos cincuenta años. Luego levantó la mano, haciendo una señal al guardia que estaba cerca de ella para que nos dejara a solas. Aunque parecía reacio a salir, acató la orden y, al pasar por mí, el hombre me miró con desconfianza, entrecerrando los ojos, cerrando la puerta después.

Me acerqué y la señora U. me miró con cierta curiosidad, mientras indicaba el sofá frente a ella. Me acomodé. Noté una gran semejanza en su apariencia con la señora F. Si no supiera que eran madre e hija, me atrevería a decir que eran hermanas.

− La viste. – Dijo. No sonó como una pregunta, sino como una afirmación. Asentí con la

cabeza. La señora U. detuvo la taza en el aire y dio un largo suspiro, dejándola de nuevo sobre la mesa. – Estaba cantando cuando la viste. – Volví a mover la cabeza y ella soltó otro suspiro, dándome margen para varias interpretaciones: ¿pesar, dolor o tristeza? − Siempre está cantando por la casa. Y sonriendo. – Su voz sonó cargada de emoción. Entonces se agitó y cruzó las piernas, de manera contraria a cómo las tenía antes. – Estos sobres son para usted. − Señaló dos sobres grandes sobre la mesa. − Abra primero el de arriba. El otro, solo si las partes están de acuerdo y después de terminar mi interrogatorio. – Seguí las simples instrucciones y tomé solo uno, deshaciendo el lazo que lo sujetaba. Dentro había un contrato de confidencialidad y una tarjeta bancaria. Los dejé luego sobre la mesa.

− Señora U. – Dije calmadamente, mientras me recostaba en el sofá. – Como usted sabe, soy un detective y los detectives somos curiosos. Vamos en busca de la verdad y, después de descubrirla, tenemos que revelarla. ¿Está usted sobornándome para encubrir algo? – Ella tomó la taza y dio un largo trago al líquido que ya debía estar frío, y me miró fijamente.

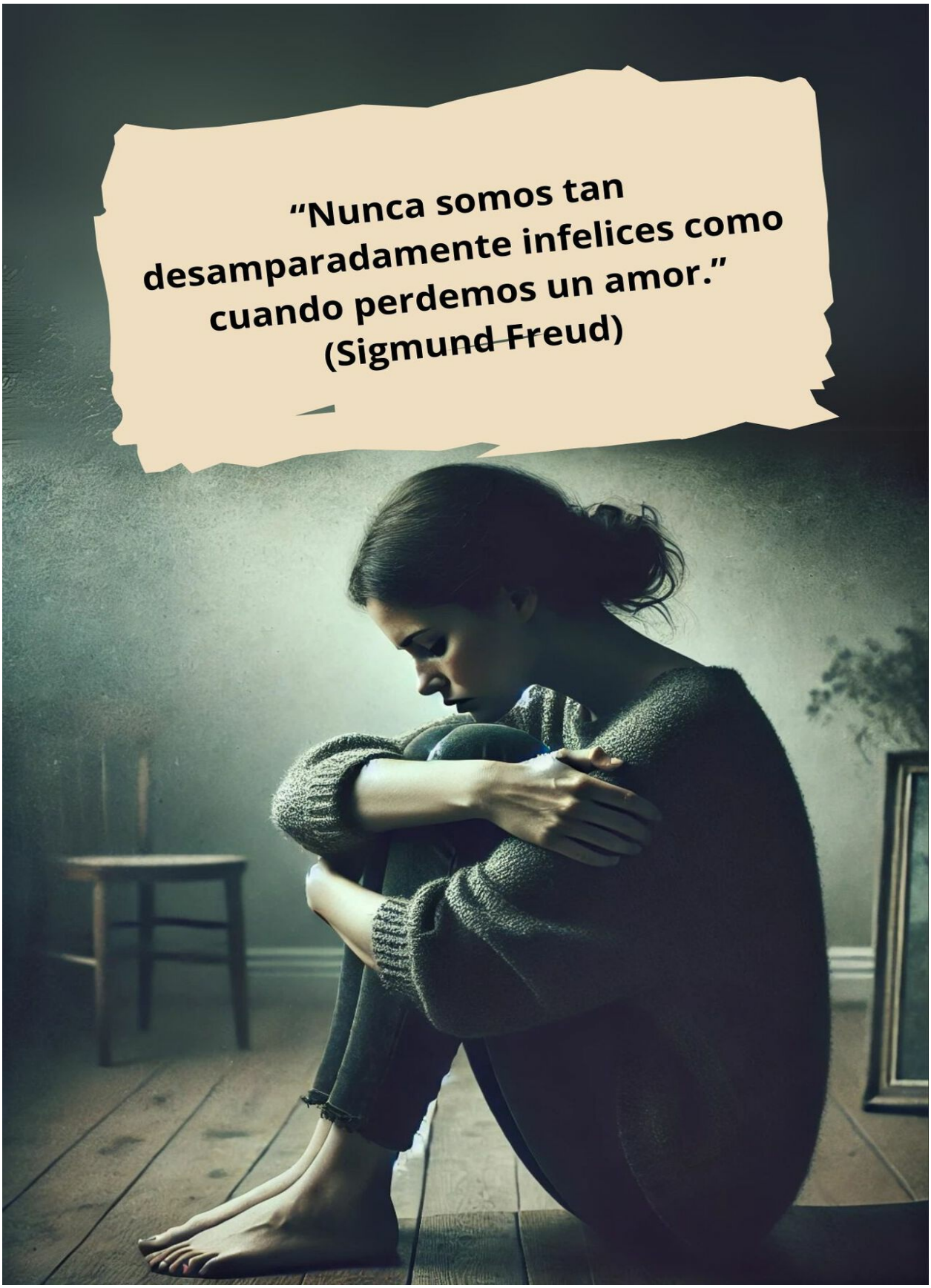
− Detective P., sé que usted es un hombre inteligente. No estoy sobornándolo para encubrir un crimen, el cual, de hecho, ni siquiera existe. – Hizo una pequeña pausa, tal vez para evaluar si me sorprendería esa afirmación o para darme el privilegio de la duda. Luego continuó. – Este contrato tiene que ver con la confidencialidad de nuestra conversación, que está directamente relacionada con mis empresas. Usted tiene solo algunas piezas de este rompecabezas y sé que quiere aclararlas. En tal caso, le sugiero que lo firme. Le aseguro que responderé todas sus preguntas, si las hay. De lo contrario, le agradezco su visita y siéntase libre de hacer cualquier pregunta a mis empleados. Sin embargo, le adelanto que dirán que no saben nada.

La señora U. permaneció inmóvil, mirándome y esperando mi respuesta. Bajé la cabeza, froté mis ojos cansados, pensando por un momento. Me encontraba acorralado, como si estuviera en un callejón con dos salidas que me llevarían por caminos opuestos. Seguir hacia la luz, después de dejar de lado algunas reglas que yo mismo había establecido, y alcanzar el gran trofeo, o seguir hacia la oscuridad, vagando sin rumbo y sin respuestas, convirtiendo este caso en otro más cerrado por falta de pruebas. Por otro lado, ella no estaba completamente equivocada.

Tragué de un solo golpe ese café frío que dejó un sabor amargo en mi boca, haciéndome desear un maldito cigarro. Luego, tomé la pluma, firmé y fechando cuidadosamente uno de los

documentos. Hacer ese juramento unilateral de confidencialidad me devolvió a la parte mística, incluso glamorosa, que al principio de mi profesión imaginaba que existía. La señora U. tomó los documentos, sonrió después de revisarlos y los metió en el sobre. Tocó una campanita que estaba junto a su sillón y, instantes después, el guardia entró en la sala. Sin apartar la mirada de mí, ella le entregó el sobre y le pidió que lo dejara en su oficina.

− Inicialmente tengo dos preguntas. – Dijo en cuanto el hombre salió de la sala. − Primera: ¿Cuál es la relación de la señora F. con el señor M.? Segunda: ¿Quién es, en realidad, la señorita que el señor M. estaba llevando en el coche? – Puse el grabador apagado sobre la mesa y me recosté en el sillón. Debo admitir que estaba bastante curioso por la historia que estaba a punto de escuchar y que tenía la certeza de que no sería una historia de dormir. − Estoy todo oídos.


“Nunca somos tan
desamparadamente infelices como
cuando perdemos un amor.”
(Sigmund Freud)

CAPÍTULO 9

Señora U.

En primer lugar, me gustaría agradecerle por haber firmado el contrato de confidencialidad. Sé que, al hacerlo, debe haber sido como disparar al aire. Sin embargo, le aseguro que lo que escuchará no comprometerá nada, ni en su vida personal ni en la profesional. Como le dije antes, es solo una cuestión de seguridad para mis empresas, ya que mi hija es la accionista mayoritaria.

Comenzaré respondiendo a su primera pregunta, cuyos acontecimientos están directamente relacionados con la segunda. Bien, la relación entre mi hija y el señor M. viene desde hace muchos años, desde la época de la secundaria.

Ella lo conoció por casualidad cuando iba a la floristería a encargar la decoración para su fiesta de graduación. Al pasar por el viaducto que estaba a pocos cuadras de su destino, se fascinó al ver debajo de él diversas flores cultivadas de una manera única, en un ambiente nada propicio para su floración. Le pidió al conductor que se detuviera para conocer ese lugar que le había llamado la atención. En ese momento, me contó que, por un momento, pensó que allí era algún tipo de soporte para la floristería a la que se dirigía, pero se sorprendió aún más al ver que se trataba de la casa de un joven que vivía en la calle. Sí, usted está pensando correctamente, me refiero al señor M. Este joven tomaba los descartes de la floristería, los cultivaba y los vendía. Con ese pequeño gesto, garantizaba un plato de comida todos los días. En el momento en que lo conocimos, el señor M. tenía en su casa especies de plantas que, incluso en el lugar donde las había recogido, ya no existían. Mi hija siempre fue sensible a las plantas y admiradora de las personas que tenían el don de cultivarlas. Y, como no podía ser de otra manera, sumado tal vez por el hecho de ser hija única, desarrolló una gran afinidad por ese joven.

Inmediatamente le propuso que se encargara de la decoración de su fiesta. El señor M. aceptó y se mostró sinceramente agradecido por la confianza que ella había depositado en un desconocido. Después de ayudarla a elegir las flores, él confeccionó los arreglos por su cuenta. Confieso que yo también quedé maravillada cuando vi la decoración lista, aún más viniendo de

una persona con casi nula formación.

La fiesta de graduación no podría haber tenido otro resultado. ¡Fue un gran éxito! Todos los invitados también se sorprendieron con los arreglos y el señor M. recibió muchas tarjetas y ofertas de trabajo. Sin embargo, mi hija no dejó que aceptara ninguna, alegando que el joven tenía mucho trabajo en la invernadero que estaba en construcción. Al día siguiente, el señor M. llevó sus plantas y pasó a vivir en la casa del señor J., con quien aprendería el oficio de jardinería. Cuando se terminó la construcción, decidió quedarse allí, alegando que estaba acostumbrado a dormir entre las plantas.

Pasaron los años y el señor M. se mostró muy dedicado a lo que hacía y extremadamente agradecido con mi hija por haberlo sacado de la calle, dándole un hogar, un buen empleo y educación. Siempre le obedeció ciegamente y la respetó como a una hermana. El mismo sentimiento tenía por el señor D., a quien trataba como a un hermano mayor.

Los tres eran prácticamente inseparables. Cuando digo los tres, me refiero a mi hija, al señor M. y al señor D., un joven inteligente, con un futuro brillante en las finanzas y muy tímido. Los negocios de su familia seguían paralelos a los nuestros y un matrimonio entre ambas familias beneficiaría a todos. Años después, nos alegramos mucho cuando supimos que nuestros hijos compartían sentimientos. Y, el día de la graduación en la universidad, el señor D. oficializó la propuesta de matrimonio. A partir de ese día y a petición de mi hija, el señor M. empezó a cultivar flores de jazmín para usarlas en la decoración de la boda.

Cuatro años después, la fecha de la boda se acordó con gran fiesta, definida para el día 16/10 del año pasado, fecha en la que la construcción de su casa ya estaría finalizada. La invernadero, tan querida por mi hija, pasó a pertenecer a su área, después de la construcción del muro divisorio entre mi terreno y el suyo.

La decoración se montó en el lado sur del jardín para estar más cerca de la entrada principal del salón. Los días previos a la ceremonia estuvieron marcados por el aroma de jazmín, que ocupó cada rincón de esa casa. Teníamos la sensación de que el olor estaba impregnado incluso en nuestras ropas.

El día de la boda, mi hija estaba radiante. No recuerdo, en esta vida, haberla visto tan feliz como en ese día. Solo con mirarla, su alegría nos contagiaba.

Quien la condujo hasta el altar fue el señor M., después de que ella hablara con su

padrastro pidiendo su consentimiento. Mi esposo, consciente de la amistad entre los jóvenes, hizo esta concesión. Llegué a ver los ojos del señor M. llenarse de lágrimas de alegría al entregarle su mano al señor D.

El matrimonio ocurrió de manera hermosa y muy emotiva. La Señora F. lanzó el ramo artificial, ya que el utilizado en la ceremonia sería deshidratado y guardado. Horas después, los novios dejaban la fiesta para descansar, pues tenían el viaje programado para la mañana del día siguiente. Sin embargo, este viaje nunca llegó a suceder. La imagen del Señor D. sonriendo mientras cargaba a su esposa por el jardín aún me atormenta en el sueño. Antes de llegar al asfalto, el Señor D. sufrió un mal súbito y falleció. Todo ocurrió tan rápido que no pudimos hacer nada. Cuando llegó el médico, dijo que tuvo un colapso en la circulación sanguínea, lo que lo llevó a un paro cardíaco. Probablemente, ya estaba mostrando síntomas desde hacía algún tiempo, pero no se lo contó a nadie. Una gran pérdida, nos dejó tan jóvenes...

En estado de shock, mi hija se desmayó. Las semanas siguientes las pasó sedada sobre la cama. En los pocos momentos de lucidez, lloraba y decía que se iba a matar, fue entonces cuando él apareció por primera vez. Y después, cada vez que ella decía estar sintiendo el olor a perfume barato de jazmín.

Al principio, no entendíamos lo que estaba pasando, el motivo de su comportamiento extraño, de comprar trajes y alquilar la habitación de hotel cuyo número hacía referencia a la fecha de fallecimiento de su marido, 1610. Con mucho esfuerzo, logré convencerla de que fuera a consultar al renombrado psiquiatra, el Doctor T. Sin embargo, durante la consulta, negó todo y dijo que no recordaba nada. Días después, el Señor M. grabó su comportamiento y, de inmediato, envié la grabación al Doctor T. Tras analizarla cuidadosamente, él dio el diagnóstico. Dijo que, debido al trauma sufrido por mi hija, ella había desarrollado el Trastorno de Identidad Disociativa. Este es un tipo de trastorno caracterizado por dos o más estados de personalidad que se alternan para lidiar con diferentes situaciones, como una forma de ayudar a la persona a evitar recuerdos dolorosos. Su tratamiento comenzó de inmediato a través de la psicoterapia.

Como necesitábamos conocer la personalidad diferente y lo que motivaba su aparición, alguien tendría que vigilarla de cerca, sin hacerla sentir incómoda. La mejor persona para hacerlo era el Señor M., además de ser una de las personas en las que más confío. Entonces dejó de trabajar en el jardín y pasó a ser su chofer.

El Señor D. vive en la habitación del Hotel Le Fromage. Tiene sus propios recuerdos, comportamientos y gustos. Su rutina es completamente independiente a la de mi hija. Como las empresas tenían mucho que perder si una noticia de este tipo salía en los medios, busqué al dueño del hotel y le ofrecí una gran suma de dinero y acciones, valores que no tenía cómo rechazar. Y todos los empleados que decidieron seguir trabajando de acuerdo con las reglas de la nueva administración, firmaron el contrato de confidencialidad.

Pasaron los meses y las flores de jazmín florecieron nuevamente. En este momento, debido a las constantes apariciones del Señor D. en la estufa, donde él considera como su lugar de trabajo, descubrimos que el olor a jazmín era uno de los disparadores para el mundo imaginario de mi hija, pero nos sorprendió conocer a la tercera persona, la Señorita A.

Tres personas diferentes comenzaron a cohabitar en la misma persona, con personalidades distintas y vida propia. Aún no hemos descubierto cuál fue el disparador para su aparición, sin embargo, lo interesante de esta nueva variación es que tiene una característica especial: la Señorita A. es consciente de su existencia, de que es un objeto de autodefensa de mi hija, para soportar sus momentos de dolor y angustia. Para hacerla feliz, la Señorita A. afirma que solo lo logrará cuando destruya al Señor D. y, para ello, necesita matarlo, para que la Señora F. lo deje ir.

Escuchar este tipo de declaraciones, Detective P., desordena nuestra mente, aunque sepamos que se trata de una “persona imaginaria”. La mujer que usted vio cantando cuando llegó aquí, es la Señorita A., la supuesta amante del Señor D. Ella vive en mi residencia. Le encanta usar ropa extravagante, pelucas de colores y siempre trata de combinar los varios teléfonos celulares que posee con sus prendas, una obsesión que no entiendo. Es una visitante frecuente de discotecas y fiestas, pero siempre regresa a casa después de divertirse.

Todos los empleados de mi casa y de la casa de la Señora F. siguen un estricto protocolo todos los días para lidiar con sus variadas personalidades. Al cambiar de turnos, las informaciones se anotan y se transfieren, para evitar cualquier error, ya que no sabemos quién aparecerá, dónde ni cuándo se activará el disparador. Todo esto para ocultar la verdad de la Señora F. y tratar de reducir su sufrimiento.

La confusión entre las personalidades comenzó hace poco más de una semana. Sin que yo lo supiera, la Señorita A. rompió la regla y comenzó a poner en práctica su supuesto plan para

eliminar al Señor D. Debido a esto, mi hija despidió a los empleados, porque pensaba que estaban encubriendo a la amante de su marido, después de descubrir una peluca en casa.

El sábado pasado, la Señorita A. se durmió en la casa de la Señora F. Aunque sorprendidos por esta variante, las empleadas actuaron rápidamente, siguiendo el protocolo. Le cambiaron de ropa y recogieron sus pertenencias, pero no encontraron la peluca. Cuando la Señora F. despertó y la encontró, comenzó a sospechar. Llegué a preguntar a la Señorita A. por qué había hecho eso y ella dijo que todo estaba bajo control, que formaba parte de su plan para matar al Señor D. Ella, de hecho, parecía creer que lo iba a matar.

El matrimonio ocurrió de manera hermosa y muy emotiva. La Señora F. lanzó el ramo artificial, ya que el utilizado en la ceremonia sería deshidratado y guardado. Horas después, los novios dejaron la fiesta para descansar, pues tenían el viaje programado para la mañana del día siguiente. Sin embargo, este viaje nunca llegó a suceder.

La visión del Señor D. sonriendo mientras cargaba a su esposa por el jardín aún me atormenta en el sueño. Antes de llegar al asfalto, el Señor D. sufrió un mal súbito y falleció. Todo ocurrió tan rápido que no pudimos hacer nada. Cuando llegó el médico, dijo que tuvo un colapso en la circulación sanguínea, lo que lo llevó a un paro cardíaco. Probablemente, ya estaba mostrando síntomas desde hacía algún tiempo, pero no se lo contó a nadie. Una gran pérdida, nos dejó tan jóvenes...

En estado de shock, mi hija se desmayó. Las semanas siguientes las pasó sedada sobre la cama. En los pocos momentos de lucidez, lloraba y decía que se iba a matar, fue entonces cuando él apareció por primera vez. Y después, cada vez que ella decía estar sintiendo el olor a perfume barato de jazmín.

Al principio, no entendíamos lo que estaba pasando, el motivo de su comportamiento extraño, de comprar trajes y alquilar la habitación de hotel cuyo número hacía referencia a la fecha de fallecimiento de su marido, 1610. Con mucho esfuerzo, logré convencerla de que fuera a consultar al renombrado psiquiatra, el Doctor T. Sin embargo, durante la consulta, negó todo y dijo que no recordaba nada. Días después, el Señor M. grabó su comportamiento y, de inmediato, envié la grabación al Doctor T. Tras analizarla cuidadosamente, él dio el diagnóstico. Dijo que, debido al trauma sufrido por mi hija, ella había desarrollado el Trastorno de Identidad Disociativa. Este es un tipo de trastorno caracterizado por dos o más estados de personalidad que

se alternan para lidiar con diferentes situaciones, como una forma de ayudar a la persona a evitar recuerdos dolorosos. Su tratamiento comenzó de inmediato a través de la psicoterapia.

Como necesitábamos conocer la personalidad diferente y lo que motivaba su aparición, alguien tendría que vigilarla de cerca, sin hacerla sentir incómoda. La mejor persona para hacerlo era el Señor M., además de ser una de las personas en las que más confío. Entonces dejó de trabajar en el jardín y pasó a ser su chofer.

El Señor D. vive en la habitación del Hotel Le Fromage. Tiene sus propios recuerdos, comportamientos y gustos. Su rutina es completamente independiente a la de mi hija. Como las empresas tenían mucho que perder si una noticia de este tipo salía en los medios, busqué al dueño del hotel y le ofrecí una gran suma de dinero y acciones, valores que no tenía cómo rechazar. Y todos los empleados que decidieron seguir trabajando de acuerdo con las reglas de la nueva administración, firmaron el contrato de confidencialidad.

Pasaron los meses y las flores de jazmín florecieron nuevamente. En este momento, debido a las constantes apariciones del Señor D. en la estufa, donde él considera como su lugar de trabajo, descubrimos que el olor a jazmín era uno de los disparadores para el mundo imaginario de mi hija, pero nos sorprendió conocer a la tercera persona, la Señorita A.

Tres personas diferentes comenzaron a cohabitar en la misma persona, con personalidades distintas y vida propia. Aún no hemos descubierto cuál fue el disparador para su aparición, sin embargo, lo interesante de esta nueva variación es que tiene una característica especial: la Señorita A. es consciente de su existencia, de que es un objeto de autodefensa de mi hija, para soportar sus momentos de dolor y angustia. Para hacerla feliz, la Señorita A. afirma que solo lo logrará cuando destruya al Señor D. y, para ello, necesita matarlo, para que la Señora F. lo deje ir.

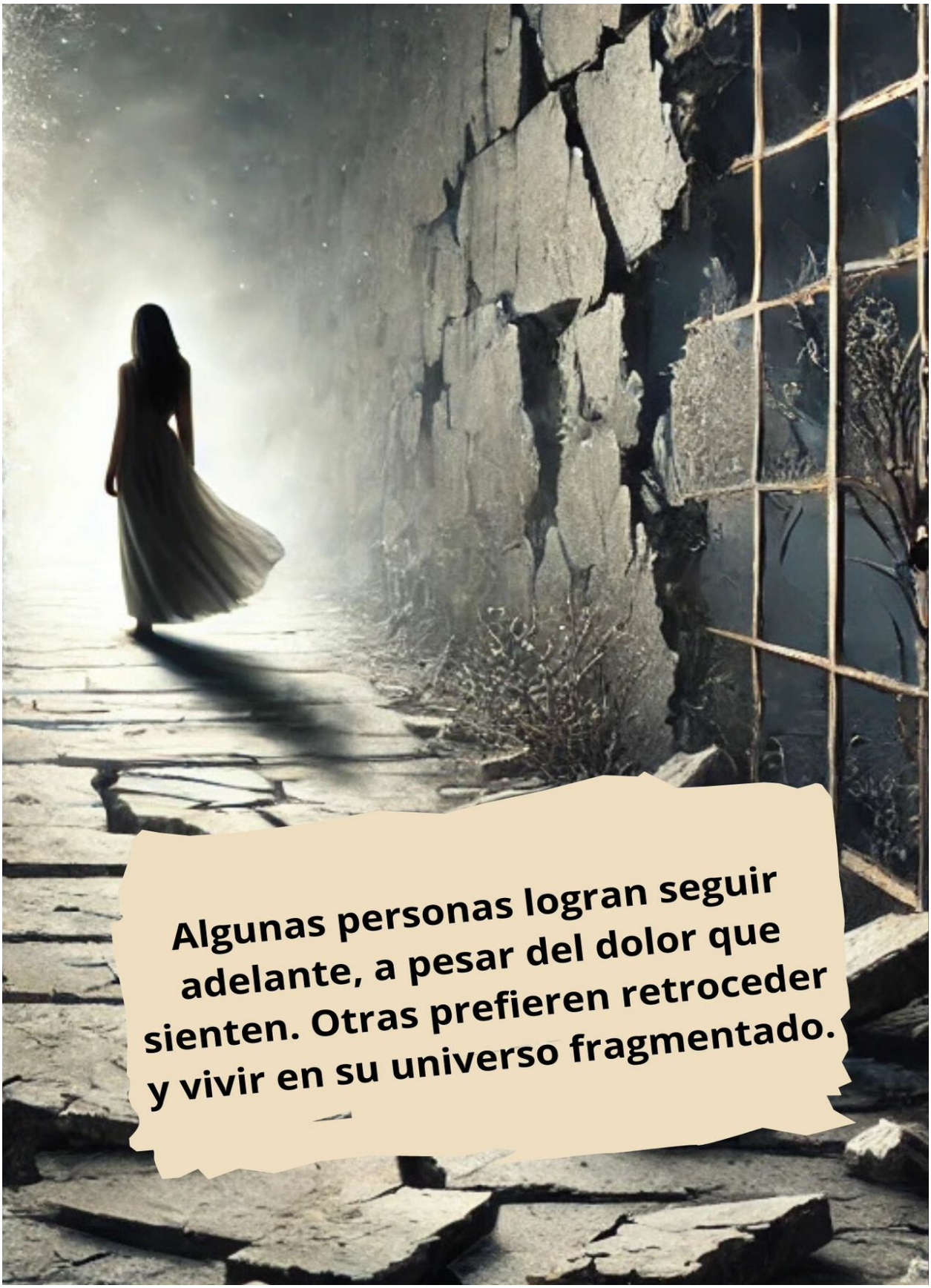
Escuchar este tipo de declaraciones, Detective P., desordena nuestra mente, aunque sepamos que se trata de una “persona imaginaria”. La mujer que usted vio cantando cuando llegó aquí, es la Señorita A., la supuesta amante del Señor D. Ella vive en mi residencia. Le encanta usar ropa extravagante, pelucas de colores y siempre trata de combinar los varios teléfonos celulares que posee con sus prendas, una obsesión que no entiendo. Es una visitante frecuente de discotecas y fiestas, pero siempre regresa a casa después de divertirse.

Todos los empleados de mi casa y de la casa de la Señora F. siguen un estricto protocolo

todos los días para lidiar con sus variadas personalidades. Al cambiar de turnos, las informaciones se anotan y se transfieren, para evitar cualquier error, ya que no sabemos quién aparecerá, dónde ni cuándo se activará el disparador. Todo esto para ocultar la verdad de la Señora F. y tratar de reducir su sufrimiento.

La confusión entre las personalidades comenzó hace poco más de una semana. Sin que yo lo supiera, la Señorita A. rompió la regla y comenzó a poner en práctica su supuesto plan para eliminar al Señor D. Debido a esto, mi hija despidió a los empleados, porque pensaba que estaban encubriendo a la amante de su marido, después de descubrir una peluca en casa.

El sábado pasado, la Señorita A. se durmió en la casa de la Señora F. Aunque sorprendidos por esta variante, las empleadas actuaron rápidamente, siguiendo el protocolo. Le cambiaron de ropa y recogieron sus pertenencias, pero no encontraron la peluca. Cuando la Señora F. despertó y la encontró, comenzó a sospechar. Llegué a preguntar a la Señorita A. por qué había hecho eso y ella dijo que todo estaba bajo control, que formaba parte de su plan para matar al Señor D. Ella, de hecho, parecía creer que lo iba a matar.


Algunas personas logran seguir adelante, a pesar del dolor que sienten. Otras prefieren retroceder y vivir en su universo fragmentado.

CAPÍTULO 10

Detective P.

21h40min

La Señora U. salió de la sala primero. Necesité un tiempo para poner en orden mis pensamientos, tomar aire antes de levantarme. Tras visitar la escena del supuesto homicidio, un pensamiento ilógico comenzó a martillar en mi mente, pero que tuvo todo el sentido en el momento en que vi el rostro de la Señorita A. Las piezas, finalmente, empezaron a encajar, la mujer entrando en mi oficina, el marido infiel, la escena del crimen y la amante. Luego, mientras escuchaba la narración de la Señora U., iba añadiendo mentalmente las palabras de su hija. Lo más interesante fue evaluar el momento del crimen, aunque en ese momento me sentía, por esta razón, decepcionado conmigo mismo, por no haberlo percibido antes. La respuesta estaba justo frente a mí y no fui capaz de verla.

En mi trabajo, una frase no entendida puede hacer toda la diferencia. La Señora F. no dijo haber atacado directamente a su marido, sino que había visto su reflejo en el espejo. Y además agregó que, después de golpearlo, sus ojos sin vida aún la miraban en el espejo. Pronto, la Señora F. estaba viendo su propio reflejo. Por más que las palabras de la Señora U. parecieran el guion de una película, simplemente confirmaron la hipótesis que, en principio, pensaba que era irreal. Ya había leído casos así, por increíble que parezca, son más comunes de lo que podríamos imaginar. Algunos de ellos están amontonados en las cajas de mi oficina, pero nunca había investigado algo directamente. Al parecer, el informe de este caso se sumará a los casos no resueltos, cuando el propio cuerpo, considerado como la prisión más pequeña del mundo, mantiene la mente encerrada en sí misma. De hecho, no se sumará, ya que ni siquiera podré hacer un informe de este caso.

Después de unos minutos, suspiré profundamente, golpeé mis manos en las rodillas, tomé el sobre y seguí en dirección al empleado que me esperaba de pie en el umbral de la puerta.

Seguí nuevamente por el lateral de la sala hasta una gigantesca escalera, que me llevó al segundo piso de la mansión. Luego, giré a la izquierda y me encontré con un pasillo que parecía

no tener fin, lujosamente decorado con cuadros a ambos lados. El joven se detuvo frente a la cuarta puerta a la derecha y la abrió.

− ¡Vaya! – Dije sin poder contener mi sorpresa al entrar en esa habitación. El empleado, sin mostrar ninguna reacción ante mi entusiasmo, cerró la puerta después de informarme que serviría la cena en treinta minutos. Tiré el sobre sobre la cama y no hice ningún esfuerzo por concentrarme en él. Tal vez nunca más tendría la oportunidad de estar en un lugar como ese. Así que quise aprovechar mis primeros y únicos minutos de lujo. Solo después de haber saciado mi curiosidad abriendo todas las puertas del armario y los cajones, me sentí seguro para tomar un baño relajante en la bañera y ponerme el albornoz cuidadosamente doblado sobre la cama. Pero, tan pronto como me senté a la mesa donde estaba el portátil, escuché golpeteos en la puerta. Miré la hora y me levanté, ya imaginando que era la cena y pedí al joven que la dejara sobre la mesa. De nuevo solo, miré lo que había servido y mordí algo picante mientras me concentraba en abrir el sobre. Miré en su interior y descubrí que había dos menores, además de algunos papeles y el pen drive.

Teniendo cuidado de no mezclar el contenido, los coloqué separadamente sobre la mesa, aprovechando el tiempo mientras el portátil se encendía. El primer sobre, que abrí, contenía fotos de la Señorita A., ya en el otro, había fotos del Señor D. Aunque vestían de manera completamente diferente y realizaban actividades dispares, reconocí el mismo rostro en ambos.

Leí cuidadosamente el acta de matrimonio, así como el certificado de defunción del Señor D. y el informe de la autopsia. Todos los dichos coincidían con la información dada por la Señora U. También había una copia del primer informe del Doctor T., el diagnóstico de la Señora F. y, sujetado a él con un clip, estaba su tarjeta de visita. Miré en el reverso y había un mensaje dirigido a mí.

“Detective P., después de evaluar todos los materiales y si aún persiste alguna duda, estoy a su disposición para aclararla. Con mis saludos, Doctor T.”.

Saqué la tarjeta y la guardé en mi carpeta y, luego, conecté el pen drive. Tenía tres carpetas: “Doctor T., Señorita A., Señor D.”. Hice clic en la primera, llamada “Doctor T.”. Al abrirla, vi que contenía dos subcarpetas “Señorita F. y Informes”. Hice clic en la carpeta “Informes” y contenía varios videos organizados por fechas.

Teniendo en cuenta el orden cronológico, hice clic en el primer video, cuya duración era de 01h22min. Cuando se abrió, apareció en la pantalla la imagen de un hombre mayor, con barba bien recortada y cabello canoso, de unos cincuenta años, el Doctor T. En este video, confirmaba el diagnóstico del estado mental de la Señora F. y explicaba de manera simple sobre el Trastorno de Identidad Disociativa que, incluso un lego como yo, fue capaz de entender. Los demás eran videollamadas entre él y la Señora U., donde ella le hacía preguntas, le pasaba información y los dos debatían sobre las otras personalidades, destacando el comportamiento de cada una de ellas, gustos y hasta algunos pensamientos. En algunas videollamadas, el Señor M. aparecía para completar la información de la Señora U.

En la carpeta titulada Señora F., había varios videos hechos en diferentes partes de la casa. Las fechas más antiguas mostraban su comportamiento deprimente, a veces postrada en la cama. Los más recientes mostraban sus rutinas diarias en casa, algunas reuniones de la Señora U. con los empleados y hasta el momento del supuesto homicidio. En ese momento, la Señora F. estaba sola en la sala, sentada en el sofá, hojeando revistas. De repente, se levanta y se gira hacia el espejo. Pasan unos segundos, se mueve, toma un objeto y lo lanza al espejo. Luego se agacha, recoge un trozo de vidrio y, aún mirando hacia el espejo, mueve el brazo derecho hacia arriba y hacia abajo, como si estuviera atacando a alguien. La sangre baja por su brazo, suelta el vidrio y sale de la sala. El video muestra exactamente lo que había narrado; sin embargo, sin la presencia de otra persona.

Ya las grabaciones de la Señorita A. fueron las más divertidas. Se podía ver lo bien que se llevaba con todos los empleados. Noté que siempre sonreía, especialmente en su compañía. Siempre hacía algún tipo de broma y los llamaba a participar. La mayoría de sus videos fueron grabados por ella misma, mostrando la habitación, los celulares que había comprado para combinar con una determinada ropa o bolso, comprando cosas para decorar la habitación y divirtiéndose en las discotecas.

Los videos del Señor D., algunos fueron grabados en la habitación del hotel, donde pasaba la mayor parte del tiempo sentado frente a la computadora, como si estuviera ocupado en alguna tarea. En las grabaciones externas, el Señor M. estaba siempre presente. Le hacía compañía en las compras, en los bares y en las discotecas. En uno de esos videos, los escuché discutir sobre el trabajo, hablar de plantas y abono. Según las imágenes de dónde estaban, supuse

que era el invernadero, el lugar donde vive el Señor M.

Después de pasar toda la noche viendo estos videos, yo, un lego, al hacer un breve y corto análisis de lo que vi del comportamiento de los tres, puedo afirmar que las dos personalidades tienen más vida propia que la Señora F. El día clareaba, cuando el sueño me dominó y me quedé dormido ahí mismo, en la silla.

Desperté asustado al oír el sonido de golpes en la puerta. En el susto, golpeé el brazo con el mouse, haciendo que el portátil saliera de la pantalla de descanso. Aún somnoliento, parpadeé varias veces hasta que mis ojos se enfocaron y pude ver la hora, 8h43min. Mientras tanto, los golpes persistían. Bostezando, me levanté y abrí la puerta.

El mismo empleado que había traído la cena la noche anterior, llevaba ahora mi desayuno, por segunda vez, como me había dicho, y la información de que estaba autorizado a visitar la habitación de la Señorita A., ya que ella no se encontraba en casa. Le pedí que esperara un momento, ya que iba a cambiarme y él asintió con la cabeza. Tras dejar la bandeja sobre la mesa, el joven se quedó esperándome en el pasillo.

Sacudí mi ropa gastada tirada sobre una de las sillas, con la ilusión de que este acto reduciría las arrugas y me las puse. Luego, caminé hasta el baño, me mojé la cara con agua fría, lo que me hizo sentir un poco mejor. Finalmente, me tragué el café fuerte y sin azúcar, que espantó el cansancio de la segunda noche mal dormida y me dio un impulso esa mañana cálida.

Tomé la carpeta y la coloqué debajo del brazo, de forma involuntaria. Ya estaba listo para abrir la puerta, cuando me acordé de haber firmado el contrato de confidencialidad; no podía registrar nada. Volví a ponerla sobre la mesa y salí de la habitación cargando solo la sensación de que olvidaba algo.

En el pasillo, seguí en la dirección contraria a la que había tomado el día anterior, pasé por la escalera y seguí adelante. Al final, al girar a la derecha, me encontré con una gran puerta de vidrio que daba acceso al jardín suspendido. Al lado, había una puerta doble de madera y nos dirigimos hacia ella. El joven sacó la llave del bolsillo, verificó a su alrededor, haciéndome seguir sus movimientos. Finalmente, la descerrajó.

Entré primero y empecé a mirar alrededor, reconociendo todos los muebles, por haberlos visto tantas veces en las grabaciones. Soy una persona que tiene una excelente memoria para guardar asuntos que considero importantes, los que no, necesito anotarlos, como por ejemplo,

comprar cigarrillos. Nunca he tenido problemas para recordar nombres, números y detalles de una escena, que pasarían desapercibidos para muchos. Sería capaz de listar incluso el día en que la Señorita A. los compró.

El hombre adelantó algunos pasos mientras preguntaba si me gustaría mirar dentro del armario. Antes de que pudiera responderle, ya había abierto las puertas de par en par. Revisé algunas estanterías de zapatos, bolsos, accesorios y hasta abrí el cajón donde la Señorita A. guardaba los teléfonos. Todo estaba completamente organizado, como se mostró en los videos. Dije que había visto lo suficiente y dejamos el lugar.

El joven me acompañó de regreso a la habitación y durante el trayecto, intercambiamos algunas palabras. Me informó que la Señora U. había salido temprano hacia la sede de la empresa y estaba bastante emocionada por la significativa mejoría que había mostrado la Señora F. Ella se había despertado mucho más animada, incluso fue ella quien despertó a su madre. Un comportamiento que no veían en meses, lo que dejó a todos muy animados. Le pregunté por la Señorita A. y su expresión cambió rápidamente, dibujando una amplia sonrisa. Afirmó que ella trataba muy bien a todos, contaba chistes y hacía bromas. Siempre escuchaba música alta en su habitación y se ponía a bailar, llenando la casa de alegría. Y antes de que le preguntara por el Señor D., el joven ya dijo que él no conversaba mucho y rara vez venía a la mansión. Pasaba el tiempo trabajando, haciendo investigaciones sobre fertilizantes y otras cosas relacionadas con su trabajo, que él no supo explicar.

Nos detuvimos frente a la puerta de la habitación y le hice una última pregunta, más por curiosidad, sobre cómo se sentía él respecto a todo eso. Se rascó la cabeza algo avergonzado y traté de tranquilizarlo, alegando que estaba siendo un curioso y que, si no quería responder, no había ningún problema. Pareció sentirse más aliviado tras escuchar mi declaración y comenzó a contar su experiencia, exponiendo que todos en la casa debían haberse sentido de la misma forma.

La narrativa comenzó con el fallecimiento del Señor D., lo que hizo que la casa se convirtiera en un mar de llantos. Luego, surgió el extraño comportamiento de la Señora F., que asustó a todos. Después, cuando la Señora U. descubrió de qué se trataba, hizo una reunión con los empleados de las dos casas para explicarles la situación que estaban viviendo, que era más complicada de lo que imaginaban. Todos se sintieron muy conmovidos, ya que los patrones

siempre los habían tratado bien. Nadie quiso dejar de trabajar en las casas y se ofrecieron a ayudar en lo que fuera posible. Firmaron el contrato de confidencialidad, se instalaron cámaras de seguridad y comenzaron a seguir el protocolo enseñado por el médico. Con el tiempo, eso se convirtió en rutina y ya no les parecía extraño. Aunque le pregunté por curiosidad, consciente de que no hubo ningún homicidio y que no eran más que una familia lamentable, no pude evitar analizar sus palabras y compararlas con los videos. Al fin y al cabo, soy un detective.

Junté las fotos, los documentos, saqué el pen drive y los guardé en el sobre. Eché una última mirada a la habitación, como si me estuviera despidiendo de ese lugar. Antes de cerrarla con llave, el joven me entregó la tarjeta de visita de la Señora U., para que pudiera ponerme en contacto si quedaba alguna duda. Agradecí y la guardé.

Tan pronto como comencé a bajar las escaleras, vi al Señor M. en la sala. Le entregué el sobre, lo abrió y verificó cuidadosamente si todos los documentos estaban en orden, luego me devolvió el celular y el grabador. Luego, sacó del bolsillo interno de su blazer un paquete y me lo entregó. Abrí sin entender de qué se trataba y vi una buena cantidad de billetes. Esbozé una media sonrisa y se los devolví, alegando que la Señora F. ya había pagado por mi trabajo. Él estuvo de acuerdo y los guardó nuevamente, sugiriendo que no debería buscarla, ya que ella no recordaba lo que había pasado la noche anterior. Moví la cabeza aceptando, le di una palmada en el hombro y comencé a caminar hacia la salida, y él me acompañó. Nos detuvimos en el umbral de la puerta, donde nos despedimos, aunque él quiso acompañarme hasta el trabajo. Al principio, pensé en aceptar su oferta, pero al recordar lo estresante de su trabajo, le dije que no era necesario, ya que iba a llamar a un taxi. No insistió, al contrario, su rostro cansado parecía hasta agradecido.

Eran las 10h50min de la mañana. El sol cálido del verano cortaba la piel como una hoja afilada y cruel. Bajaba las escaleras de la mansión hacia el taxi que me esperaba cerca de la fuente, cargando la sensación de misión cumplida, cuando di un largo suspiro y sonreí al sentir el viento pasar por mí, trayendo el olor a perfume barato de jazmín.



CONSIDERACIONES FINALES

¡Muchas gracias por adquirir este eBook! Espero que el contenido haya sido útil y enriquecedor para usted. Su opinión es extremadamente importante para mi trabajo, por lo que me gustaría pedirle que deje una valoración y un comentario en Amazon. Esto ayuda a hacer que mi trabajo sea más visible y proporciona comentarios valiosos para mejorar los próximos proyectos.

Lo invito a explorar mis otros títulos, que abarcan una variedad de temas y estilos, atendiendo a diferentes intereses y proporcionando experiencias enriquecedoras.

Agradezco nuevamente su apoyo y por ser parte de este viaje literario. ¡Hasta la próxima lectura!

— Mallerey Cálgara y equipo.

SOBRE LA EDITORIAL

E.G.S. Editora: Transformando sueños literarios en realidad

En E.G.S. Editora, nos impulsa la pasión y el entusiasmo por crear un universo donde la literatura se encuentra con la innovación. Nuestra editorial nació de la visión audaz de un equipo comprometido en ofrecer contenidos de calidad a un público que busca información relevante y experiencias inolvidables.

Reconocemos que el camino editorial está lleno de desafíos, pero cada obstáculo representa una oportunidad para crecer, aprender y acercarnos a nuestros mayores objetivos. Estamos dedicados a explorar nuevos horizontes, expandir posibilidades y dejar una huella duradera en el mundo literario. Nuestro compromiso va más allá de las páginas; queremos invitarte a embarcarte con nosotros en esta emocionante aventura en busca de la excelencia.

Servicios que dan vida a tus ideas

Para autores que desean convertir sus manuscritos en obras completas e impactantes, ofrecemos servicios especializados en maquetación y diseño de portada. Nuestro equipo creativo está preparado para dar vida a tus ideas, trabajando con esmero y profesionalismo para reflejar la esencia única de cada obra. Cada detalle es cuidadosamente pensado para garantizar que el resultado final esté a la altura de tu sueño literario.

Queremos ayudarte a alcanzar nuevas metas con tu proyecto. Ponte en contacto con nosotros para solicitar un presupuesto personalizado y descubre cómo podemos transformar tu visión en una realidad visual.

Únete a nosotros en este viaje

Sigue nuestras novedades, lanzamientos y eventos en la página oficial de E.G.S. Editora en Facebook y descubre los títulos que tenemos disponibles en Amazon. Estamos listos para compartir historias, crear conexiones y ayudarte a escribir el próximo capítulo del universo literario.

Con gratitud siempre,

— Equipo de E.G.S. Editora